

# LA LECTURA PARA TODOS.

SEMENARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS: EN MADRID,  
LLEVADO A DOMICILIO.

Seis meses. . . . . 15  
Un año. . . . . 28

Se suscribe en Madrid en la administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Latierre, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 11.  
En Provincias en todas las librerias y administraciones de Correos.

PRECIOS: EN PROVINCIAS,  
FRANCO DE PORTE.

Seis meses. . . . . 21  
Un año. . . . . 38



Valentín sacó el huevo, le quitó la cascarilla, le echó un poco de sal y se le presentó al Apó-Ulmen con unos pedacitos de pan de maíz. (Pág. 435, columna 2.ª)

## EL REY DE LAS TINIEBLAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD.

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion.—Véase el n.º 27).

Doña Rosario aceptó sin répugnancia el asilo que la ofrecian, y en donde creía hallarse al abrigo de sus enemigos invisibles.

Tan luego como D. Tadeo se hubo despedido de su pupila y de la venerable abadesa de las Ursulinas, se trasladó apresuradamente á una casa de la calle de san Javier, en donde le aguardaba D. Gregorio, de quien se habia separado á la entrada de la ciudad, con el fin de evitar que los observasen.

—¿Qué tal? le preguntó D. Gregorio tan luego como le vió.

—Está segura, ó al menos así lo creo, contestó D. Tadeo con un suspiro.

—Tanto mejor, porque tenemos que adoptar mas precauciones que nunca.

—¿Cómo así?

—Desde que me separé de V., he hecho averiguaciones, me he informado, he preguntado, paseándome por el puerto y la alameda.

—¿Y qué hay?

—Que, como pensábamos, el general Bustamante está aquí.

—¿Cómo?

—Hace dos dias que ha llegado.

—¿Qué razon tan importante puede haberle traído? dijo D. Tadeo con aspecto meditabundo. ¡Oh! yo lo sabré.

—Otra cosa; ¿sabe V. quien le acompaña?

—¡El verdugo! dijo D. Tadeo con una sonrisa irónica.

—Poco menos, contestó D. Gregorio.

—¿Pues quién es?

—La Linda.

El jefe de los Corazones Sombrios se puso muy pálido.

—¡Oh! dijo, esa mujer!.... ¡Siempre esa mujer!.... ¡Oh! se engaña V., amigo mio, es imposible.

—La he visto yo.

D. Tadeo se paseó con agitacion durante algunos segundos, y luego, deteniéndose delante de su amigo, le dijo con voz ahogada:

—Vamos, D. Gregorio; ¿está V. seguro de que no le engaña alguna semejanza? ¿Es á ella misma á quien V. ha visto?

—Acababa V. de separarse de mí, me dirigia aquí, cuando un ruido de pisadas de caballos me hizo volver la cabeza, y repito á V. que vi á la Linda. Parecia que ella tambien llegaba en aquel momento á Valdivia, pues la escoltaban lanceros, y un arriero conducia mulas cargadas con equipajes.

—¡Oh! dijo D. Tadeo; ¿se encarnizará constantemente ese demonio en seguir mis pasos?

—Amigo mio, dijo D. Gregorio, en la senda que seguimos, todos los obstáculos deben ser sacrificados.

—¡Dar muerte á una mujer!.... dijo el caballero horrorizado.

—No digo eso; pero si ponerla en la imposibilidad de perjudicar. Acuérdesse V. de que somos los Corazones Sombrios, y como tales no debemos tener compasion alguna.

—¡Silencio! murmuró D. Tadeo.

En aquel momento dieron dos golpes secos á la puerta.

—¡Adelante! gritó D. Gregorio.

Se abrió la puerta y D. Pedro asomó su cabeza de guarda.

No conoció á los dos hombres á quienes en los diversos encuentros que habia tenido con ellos viera siempre enmascarados.

—Dios guarde á VV., caballeros, dijo haciéndoles un saludo profundo.

—¿Qué se le ofrece á V.? preguntó D. Gregorio con tono cortésmente irónico, devolviéndole el saludo.

—Caballero, dijo D. Pedro buscando con la vista la silla que no le ofrecían, vengo de Santiago.

D. Gregorio se inclinó.

—Al salir de aquella ciudad, un banquero, en cuya casa habia yo impuesto fondos, me entregó varias letras, y entre otras esta, girada á la vista contra D. Gregorio Peralta.

—Yo soy, caballero. Tenga V. la bondad de entregármela.

—Como verá V., caballero, esa letra es de veintitres onzas.

—Está muy bien, contestó D. Gregorio tomándola; ruego á V. me permita examinarla.

D. Pedro se inclinó á su vez.

D. Gregorio se acercó á una luz, miró cuidadosamente la letra de cambio, que guardó en el bolsillo y tomó dinero de una gaveta.

—Allí tiene V. sus veintitres onzas, caballero, repuso entregándoselas.

El espía las tomó. Contó las monedas de oro, y mirando una despues de otra, se las guardó en el bolsillo.

—¡Es singular, caballero!.... dijo en el momento en que los dos amigos pensaban que al fin iban á verse libres de su presencia.

—¿El qué, caballero? preguntó D. Gregorio.

¿No encuentra V. exacta la cuenta?

—¡Oh! perdone V., está completa. Pero, añadió vacilando, creía que era V. comerciante.

—¡Ah!

—Sí.

—Y bien, ¿qué le hace á V. pensar lo contrario?

—No veo oficinas.

—Están en la otra parte de la casa, contestó D. Gregorio. Soy armador.

—¡Ah! está muy bien, caballero.

—Y si no hubiese creído, continuó D. Gregorio, que le urgía á V. cobrar este dinero....

—Me urgía mucho, en efecto, dijo D. Pedro interrumpiéndole.

—Le habiese á V. suplicado que volviese por aquí mañana, porque á esta hora está ya cerrada mi caja.

Dicho esto, le despidió, encogiéndose de hombros.

D. Pedro se retiró visiblemente contrariado.

—Este hombre come á dos carrillos, dijo don Gregorio. Es un espía del general.

—Lo sé, contestó D. Tadeo. Traigo conmigo las pruebas de su traicion. Era un instrumento necesario; hoy puede perjudicarnos y le destruiremos.

D. Gregorio sacó de su bolsillo la letra que acababa de serle presentada, y tendiéndosela á don Tadeo, le dijo:

—Vea V.

La letra, á primera vista, parecia enteramente igual á las demás. Contenia la fórmula de rigor: «Se servirá V. pagar á la vista, etc.» pero en dos ó tres sitios la pluma, harto dura sin duda, habia chisporroado y formado cierto número de puntitos pequeños, de los que algunos eran casi imperceptibles.

Quizás estos puntos negros tenian cierta significación para aquellos hombres, porque tan luego como D. Tadeo hubo fijado los ojos en la letra, cogió su capa y se embozó en ella.

—¡Dios nos protege! dijo. Es preciso ir sin tardanza.

—Esa es tambien mi opinion, contestó D. Gregorio arrimando la letra á la luz y quemándola hasta que no quedó un pedazo de ella.

Cada uno de los dos hombres cogió un puñal largo y dos pistolas, que ocultaron ambos bajo su ropa, pues conocian de asiado bien su pais para descuidar esta precaucion.

Se echaron á la cara sus sombreros, se embozaron hasta los ojos, y á la manera de enamorados ó de los que van en busca de aventuras, bajaron á la calle.

Hacia una de esas noches espléndidas, como solo en América se conocen. El cielo, de un azul oscuro, estaba tachonado por un numero infinito de estrellas, en medio de las cuales resplandecia la brillante *Cruz del Sur*. El aire estaba perfumado por mil aromas, y una brisa leve que se alzaba del mar, refrescaba la atmósfera caldeada por los ardientes rayos del sol durante todo el dia que acababa de trascurrir.

Los dos subian rápidos y silenciosos por entre los alegres grupos que surcaban las calles en todas direcciones.

Por la noche, sobre todo, es cuando los americanos se pasean, con el fin de tomar el aire y disfrutar de la frescura.

Los conjurados parecia que no oian los sonidos provocativos de la guitarra que vibraba en sus oidos, ni los estribillos de *Sambacuejas* que salian de las *Chinganas*, ni las carcajadas frescas y argentinas de las jóvenes de ojos negros y rosados labios que les codeaban al pasar, lanzándoles miradas provocativas.

Caminaron así durante largo tiempo, volviéndose de vez en cuando para ver si los seguian, é internándose mas y mas en los barrios bajos de la ciudad.

Al fin se detuvieron delante de una casa de apariencia bastante mezquina, de donde salian con gran ruido los acordes poco melodiosos de una música eminentemente nacional.

Aquella casa era una *Chingana*.

Una *Chingana* chilena de baja esfera ofrece un aspecto tan escéntrico y raro, que desafiaria al pincel de Callot, y no puede ser descrito.

Figúrese el lector una sala baja, de paredes ahumadas, cuyo piso es de tierra apisonada, y que está escabroso por la basura que llevan allí incesantemente los piés de los numerosos concurrentes. En medio de aquel antro, iluminado por un solo candelil que únicamente deja distinguir las siluetas de los parroquianos, están sentados cuatro hombres sobre unos taburetes. Dos rasgúan en malas guitarras, privadas de la mayor parte de sus cuerdas; el tercero golpea con sus puños sobre una mesa coja, y el último hace girar entre sus manos un pedazo de bambú de diez pulgadas de largo, hendido de modo que forme diferentes ramas y que produce los sonidos mas discordantes que se puede imaginar. Estos cuatro músicos, no contentos con el ruido terrible que producen, aullan á voz en grito canciones que nos guardaremos muy bien de reproducir, y que todas son sobre corta diferencia del género de esta:

Desde la esquina.....

Desde la esquina del Cármen

Hasta la peña.....

Hasta la peña dorada

He visto una.....

He visto una chica bajando

Cantando la.....

Cantando la moza mala.

Alza que te han visto

A la esquina del puente, etc.

Todo este ruido infernal se hace con el objeto de escitar á unos bailarines que se agitan colocándose en las posturas mas lascivas y obscenas que pueden inventar, con grandes aplausos de los espectadores que saltan de alegría, palmo-tean llenos de placer, y algunas veces arrastrados por aquella armonia, desentonan todos juntos el *Alza que te han visto* del estribillo, con los músicos y los bailarines.

En medio de aquel barullo, de los gritos y del ruido, circulan el dueño del establecimiento y sus mozos, armados con jarros de chicha, botellas de aguardiente y aun de *guarapo*, para satisfacer la sed de los consumidores, á quienes

hay que hacer la justicia de que cuanto mas beben, mas sed tienen y mas quieren beber.

Dos ó tres veces en la noche sucede que algunos parroquianos, mas escitados que otros, ó cogidos por el demonio de los celos, arman pendencia. Entonces se sacan los cuchillos de las polainas, se arrollan los ponchos en torno del brazo izquierdo para servir de rodela, calla la música, se forma circulo en torno de los combatientes, y luego, cuando cae uno de los dos, se le saca de la sala, vuelve á tocar la música, comienza de nuevo el baile, y ya no se piensa en ello.

Delante, pues, de uno de estos establecimientos, era donde el jefe de los Corazones sombríos y su amigo se habian parado. No vacilaron. Subiéndose el embozo á la cara de modo que ocultase completamente sus facciones, entraron en la *Chingana*. A pesar de la atmósfera pestilente que se les agarraba á la garganta, pasaron desapercibidos por medio de los bebedores y llegaron al fondo de la sala.

La puerta de la cueva solo estaba entornada, la abrieron suavemente y desaparecieron por los primeros peldaños de una escalera.

Bajaron diez escalones y se encontraron en una cueva en donde un hombre, inclinado sobre unos barriles que parecia hallarse ocupado en arreglar, les dijo sin dejar su trabajo:

—¿Quiéren VV. aguardiente de pisco, mezcál, ó chicha?

—Ni uno ni otro, contestó D. Tadeo. Queremos vino de Francia.

El hombre se enderezó como si le hubiese movido un resorte.

Los dos aventureros se habian puesto sus carretas.

—¿Le quieren VV. blanco ó encarnado? preguntó el hombre.

—Rojo como la sangre, replicó D. Tadeo.

—¿De qué año? repuso el desconocido.

—De la cosecha de 3 de abril de 1817, volvió á decir D. Tadeo.

—Entonces vengan VV. por aquí, señores, contestó el hombre inclinándose respetuosamente. El vino que me hacen VV. el honor de pedirme, es muy precioso y se guarda en una bodega aparte.

—Para beberlo el dia de san Martin, añadió D. Tadeo.

El hombre que solo parecia aguardar esta última respuesta á sus preguntas, se sonrió con aire de inteligencia y apoyó levemente la mano en la pared.

Una piedra giró con lentitud sobre si misma, sin producir el menor ruido, y franqueó el paso á los conspiradores, que entraron en seguida. La piedra volvió á cerrarse en pos de ellos.

En la *Chingana*, los gritos, el canto y la música habian adquirido una intensidad realmente formidable. La alegría de los bebedores llegaba á su colmo.

## XXIV.

### LOS DOS ULMENES.

Si en vez de referir una historia verdadera, escribiésemos una novela, hay ciertas escenas de esta narracion que pasaríamos en silencio.

A este número pertenecería, de seguro, la que va á seguir.

Sin embargo, aunque es de una trivialidad algo aventurada, lleva consigo su enseñanza, demostrando cuál es la influencia de los primeros hábitos de una vida miserable, aun en las naturalezas mejor dotadas, y cuán difícil es deshacerse de ellos mas tarde.

Añadirémos en elogio de Valentin, que es el hombre de quien aquí queremos hablar, que su oficio de pilluelo, si nos es licito servirnos de esta frase, era mucho mas fingido que verdadero, y que su objeto al dejarse arrastrar por él algunas veces, era el de provocar una sonrisa en los labios de su hermano de leche, y distraer así el dolor de que le veia sordamente minado.

Planteados ya este preámbulo necesario, volverémos á tomar el curso de la narracion, y abandonando por un momento á D. Tadeo y su ami-

go, rogarémos al lector que nos siga a la tribu de la Gran Liebre.

El día siguiente fué muy hermoso para la tribu, día aguardado con impaciencia por las mujeres que habían de *aprender a confeccionar*, según la espresión de Valentin, un plato nuevo que parecía halagar la glotonería de sus maridos.

Desde el amanecer, los hombres, las mujeres y los niños, reunidos en la plaza grande de la aldea, formaban numerosos grupos en los que se discutía el mérito del plato bienaventurado, cuyo secreto les iban a revelar.

Luis, para quien el experimento que su amigo iba a hacer, tenía muy poco interés, había querido quedarse en el toldo, pero Valentin se obstinó en que asistiese al experimento, y el joven, cansado de resistirse, consintió por fin.

El parisiense se hallaba ya en su puesto, de pie, en un espacio libre en el centro de la plaza; seguía con una mirada burlona la espresión anhelosa ó incrédula que se reflejaba alternativamente en todos los rostros vueltos hacia él.

Una mesa que había de servir para sus preparativos culinarios, un hornillo encendido y en el cual se estaba calentando una caldera de hierro llena de agua, un cuchillo de cocina, una sartén enorme, encontrada no se sabía donde, una especie de cubeta grande, una cuchara de madera, peregil, un pedazo de tocino, sal, pimienta y una cesta llena de huevos frescos, habían sido preparados por encargo y cuidado de Trangoil Lanec. Aguardábase la llegada del Apo-Ulmen de la tribu para comenzar la sesión.

Habían preparado para él una especie de estrado en frente del operador.

Quando el Apo-Ulmen hubo tomado de manos de su porta-pipa la suya encendida, se inclinó un poco a un lado hablando en voz baja al oído de Curumilla, que se mantenía respetuosamente junto a él.

El Ulmen se inclinó, bajó del estrado, fué a decir al parisiense que podía poner manos a la obra, y volvió a su sitio.

Valentin saludó al Apo-Ulmen, se quitó su poncho, que dobló y colocó cuidadosamente a sus pies, y alzándose con gracioso ademán las mangas de su camisa hasta mas arriba del codo, inclinó levemente el cuerpo hacia adelante, apoyó su mano derecha sobre la mesa, y tomando el tono de un mercader de vulnerable que pondera su mercancía a la multitud, comenzó su demostración.

—Ilustres Ulmenes, y vosotros temibles guerreros de la noble y sagrada tribu de la Gran Liebre, dijo con voz clara y profundamente acentuada, escuchad con cuidado lo que voy a tener la honra de explicaros.

«En los primeros tiempos no existía el mundo; el agua y las nubes que se entrecrocaban de continuo en la inmensidad, formaban entonces el universo. Cuando Pillian creó el mundo, tan luego como a su voz el hombre hubo salido del seno de la montaña Roja, le tomó de la mano, y mostrándole las producciones de la tierra, del aire y de las aguas, le dijo:—Tú eres el rey de la creación, por consiguiente, los animales, las plantas y los pescados te pertenecen. Cada uno de ellos, á medida de sus fuerzas, de su instinto y de su conformación, debé contribuir á tu bienestar y á tu ventura en este mundo en que te he colocado. Así, pues, el caballo te llevará sobre su lomo en un arrebato fogoso, al través de los desiertos, las llamas y los carneros de espesa lana te vestirán con ella y te alimentarán con sus carnes succulentas.» Cuando Pillian hubo ya analizado todas, unas en pos de otras, las diferentes cualidades de los animales, antes de pasar á los reptiles y pescados, llegó á la gallina, que cacareaba indolentemente picando los granos esparcidos sobre el suelo. Pillian la tomó de las alas, y mostrándosele al hombre, dijo:—«Mira, hé aqui uno de los seres mas útiles que he criado para tu mesa. Cocida en el puchero, la gallina te dará caldo escelente cuando estés enfermo; asada, su carne blanca adquirirá un sabor delicioso; con sus huevos harás tortillas de finas yerbas, de setas, de jamon, y sobre todo de tocino; pero si te hallas indispuerto y es un alimento fuerte y de-

masiado pesado para tu estómago débil, cocerás sus huevos pasados por agua, y entonces verás lo que es bueno!» Hé aqui, continuó Valentin colocándose en una postura cada vez mas académica delante de los indios, quienes con la boca y los ojos desmesuradamente abiertos, no alcanzaban á comprender una sola palabra de lo que se le antojaba decirles, mientras que Luis, no obstante su secreto dolor, se moría de risa; hé aqui como habló Pillian al primer hombre, en el principio de los siglos. Vosotros no estabais allí, guerreros ahucas; y por lo tanto no es extraño que lo ignoreis. Yo tampoco estaba, es verdad; pero merced al talento que todos los blancos poseemos de transmitir el pensamiento de siglo en siglo por medio de la escritura, estas palabras del Gran Espiritu fueron recogidas cuidadosamente, y han llegado intactas hasta nosotros. Sin mas preámbulos, voy á tener la honra de confeccionar delante de vosotros un huevo pasado por agua. Escuchad esto. Es tan sencillo como dar los buenos dias, y está al alcance de las inteligencias mas limitadas. Para hacer un huevo pasado por agua, se necesitan dos cosas: primero un huevo, y luego agua hirviendo. Tomais el huevo asi, descubris vuestra caldera, y colocando el huevo en la cuchara, le introducis en la caldera, en donde le dejais hervir tres minutos, ni mas ni menos. Tened mucho cuidado con este pormenor importante, pues un tiempo mas largo comprometeria el buen éxito de nuestra operacion. ¡Hé aqui!.....»

El ademan había seguido á aquella demostración.

Trascurridos tres minutos, Valentin sacó el huevo, le quitó la coronilla, le echó un poco de sal y se le presentó al Apo-Ulmen con unos pedacitos de pan de maiz.

Todo esto lo había ejecutado con una serenidad imperturbable, en medio del silencio profundo de la multitud anhelante.

El Apo-Ulmen probó concienzudamente su huevo.

Un aire de duda apareció durante un segundo sobre su rostro; pero poco á poco las facciones de su ancha cara se dilataron bajo la presión de la delicia y el placer, y al fin exclamó con entusiasmo.

—¡Ooah! eht! ihche! (bueno!) Chch mik kache! (muy bueno!)

Valentin se volvió junto á su hornillo, con una sonrisa modesta, y coció inmediatamente otros huevos que distribuyó á los Ulmenes y principales guerreros.

Estos mezclaron muy luego sus felicitaciones con las del Apo-Ulmen.

Apoderóse de los pobres indios un júbilo delirante, y faltó poco para que Valentin fuese derribado: tantos eran los esfuerzos que hacian para obtener un huevo y acercarse á él, con el fin de examinar mas de cerca la manera en que se componia para cocerlos.

Por último, se restableció la tranquilidad y quedó satisfecha la glotonería de la mayoría. El Apo-Ulmen, cuya voz había sido imposible oír hasta entonces en medio del tumulto, pudo restablecer un poco el orden en la multitud, y mandó que guardasen silencio.

Valentin miró á su publico con aire satisfecho. Para en adelante los indios se hallaban bajo la influencia del encanto: los mas incrédulos se habían convencido, y todos aguardaban con impaciencia la continuación de la demostración.

—Escuchad, dijo dando un gran golpe sobre la mesa con el mango del cuchillo que tenía en la mano, y sobre todo, observad bien cómo me voy á manejar. El huevo pasado por agua era un juego para mí, pero la tortilla necesita que se la profundice y estudie con cuidado á fin de obtener esa perfección y ese color tan apreciado por los verdaderos inteligentes. Voy á hacerlos una tortilla de tocino, es decir, el manjar mas sabroso que hay en el universo. Al mismo tiempo que os explique la manera en que habeis de manejarlos, la confeccionaré. Seguid bien mi explicación y la manera en que voy á manejar los varios ingredientes que entran en la confección de este plato. Para hacer una tortilla de tocino se necesita tocino, huevos, sal, pimienta, peregil y manteca.

Todas esas cosas están ahí, sobre la mesa, como veis. Ahora voy á mezclarlas.

Entonces, con una destreza increíble y una velocidad estremada, comenzó una tortilla monstruosa de tocino, de sesenta huevos, por lo menos, al paso que continuaba su demostración con un desembarazo y una facundia inesplicables.

El interés de los indios se hallaba vivamente escitado; su entusiasmo se revelaba con saltos y risotadas; pero llegó realmente á su colmo: los gritos, los aullidos y el movimiento concluyeron por ser espantosos, cuando los puelches vieron á Valentin coger el mango de la sartén con mano firme, y por cuatro veces consecutivas arrojar la tortilla al aire, sin esfuerzo aparente, con el desembarazo y la gracia de un cocinero perfecto.

Tan luego como la tortilla estuvo en su punto, el francés la colocó en un plato de madera, teniendo cuidado de doblarla por la mitad con ese tacto que los cocineros consumados poseen, y luego se dispuso á llevársela humeante al Apo-Ulmen. Pero este, aficionado por el huevo pasado por agua y sintiendo su golosina escitada en el mas alto grado, le aborrió el trabajo, porque olvidando todo decoro, se precipitó hacia la mesa, seguido de los Ulmenes principales de la tribu.

El buen éxito del parisiense fué enorme. No hay memoria de un cocinero mayor que obtuviese tan brillante triunfo.

Valentin, modesto como todos los hombres de verdadero talento, se sustrajo á los honores que querian recompensarle y se apresuró á ir á ocultarse con su amigo en el toldo de Trangoil Lanec.

El día siguiente á aquel tan memorable, en el momento que los jóvenes se disponian á salir del cuarto en que ambos dormian, se presentó á ellos su huésped seguido de Curumilla.

Los dos jefes se saludaron, se sentaron en la tierra apisonada que sustituia al enlosado ausente, y encendieron su pipas.

Luis, acostumbrado ya á los modales ceremoniosos de los araucanos, y convencido de que sus amigos tenían que hacerles alguna comunicación importante, volvió á sentarse, asi como su hermano de leche, y aguardó con paciencia á que juzgasen oportuno explicarse.

Quando hubieron fumado concienzudamente sus pipas hasta el fin, los dos jefes sacudieron su ceniza en la uña, volvieron á colocarlas en sus cintos, y despues de haber cambiado una mirada entre si, Trangoil Lanec tomó la palabra.

—¿Siguen mis hermanos pálidos en su propósito de partir? dijo.

—Sí, contestó Luis.

—¿Les ha faltado la hospitalidad india?

—Lejos de eso, jefe, contestaron ambos jóvenes estrechándole la mano con efusion, nos han tratado VV. como á hijos de la tribu.

—Entonces, ¿por qué dejarnos? repuso Trangoil Lanec. Se sabe lo que se pierde; ¿pero se sabe alguna vez lo que se encontrara?

—Tiene V. razon, jefe; pero ya sabe V. que hemos venido á este pais para visitar á Antina-huel, dijo Luis.

—Segun eso, mi hermano de los cabellos dorados, dijo el jefe, que daba este nombre á Valentin, ¿tiene una necesidad absoluta de verle?

—Sí, absoluta, replicó el joven.

Los dos jefes cambiaron una segunda mirada.

—Pues le verán, repuso Trangoil Lanec. Antina-huel está en su aldea.

—¡Bueno! contestó Valentin. Mañana nos pondremos en camino.

—Mis hermanos no marcharán solos.

—¿Qué quiere V. decir? preguntó Valentin.

—La tierra india no es segura para los rostros pálidos. Mi hermano me ha salvado la vida. Le seguiré.

—Mi hermano me ha conservado un amigo, dijo Curumilla, quien hasta entonces había guardado silencio, le seguiré.

—¡No piensa V. lo que dice, jefe! exclamó Valentin. Somos unos viajeros á quienes la casualidad agita á su antojo; no sabemos lo que el destino nos reserva, ni á dónde nos conducirá despues de haber visto al hombre hacia el cual nos envian.

—No importa, repuso Curumilla, á donde vayan VV., iremos.

Ambos jóvenes se sintieron conmovidos por aquella abnegación tan franca y tan sencilla.

—Oh! exclamó Luis con vehemencia, es imposible, amigo mio! ¿Y las mujeres, y los hijos de VV.?

—Las mujeres y los hijos quedarán al cuidado de nuestros parientes hasta que volvamos.

—¡Amigos míos! mis buenos amigos! dijo Valentín con emoción; hacen VV. mal. No podemos imponerles tal sacrificio, y no consentiremos en ello por el propio interés de VV. Ya les he dicho que nosotros mismos ignoramos lo que nos espera y lo que haremos. Déjenos marchar solos.

—Seguiremos á nuestros hermanos pálidos, contestó Trangoil Lanec con tono que no admitía observaciones. Mis hermanos no conocen los llanos. Cuatro hombres en el desierto son una fuerza; dos hombres son muertos.

Los franceses no intentaron luchar por más tiempo. Aceptaron la proposición de los Ulmenes, tanto más, cuanto que comprendían perfectamente de qué auxilio tan inmenso les serían aquellos hombres acostumbrados á la vida de los bosques, que conocían todos sus misterios y que habían sondeado todas sus profundidades.

Los jefes se despidieron de sus huéspedes para prepararse á la partida, fijada irrevocablemente para el día siguiente.

Al salir el sol, un grupo reducido, compuesto de Luis, Valentín, Trangoil Lanec y Curumilla montados los cuatro en excelentes caballos de esa raza andaluza mezclada de árabe que los españoles importaron á América, y de César, que trotaba á su derecha, salió de la toldería, escoltado por todos los individuos de la tribu, que gritaban incansablemente:

—¡*Venteni! venteni!*! (¡hasta la vista! hasta la vista!) ¡*Viri tempi! viri tempi!*! (¡buen viaje buen viaje!)

Después de haberse despedido de aquellas buenas gentes, los cuatro viajeros tomaron la dirección de la toldería de las Serpientes Negras, y desaparecieron muy pronto en los innumerables desfiladeros formados por las quebradas.

## XXV.

## ANTINAHUEL (El Tigre Sol.)

En el estado de anarquía en que se hallaba la república de Chile, en la época en que pasa nuestra historia, los partidos eran numerosos. Cada uno de ellos maniobraba secretamente con la mayor habilidad posible, á fin de apoderarse del mando.

El general Bustamante, según hemos explicado anteriormente, soñaba nada menos que con el protectorado de una confederación calcada sobre la de los Estados-Unidos, que mal conocida todavía, deslumbraba sus miradas. No podía adivinar que los antiguos Outlaws, los partidarios fanáticos espulsados de Europa, los mercaderes enriquecidos, comenzaban ya á soñar en América con la monarquía universal, utopía insensata, cuya realización les costará algún día la pérdida de esa supuesta nacionalidad de que tan envanecidos se hallan, y que en realidad no existe (1). Probablemente el general Bustamante no veía tan lejos, ó si había adivinado la tendencia de los anglo-americanos, quizás pensaba seguir él también esa marcha ambiciosa, tan luego como su poder descansase sobre bases sólidas.

Los Corazones Sombrios, únicos verdaderos patriotas de aquel país desventurado, querían que el gobierno adoptase medidas algo más democráticas; pero en manera alguna querían derribarle persuadidos de que una revolución no podía menos de perjudicar al bienestar general de la nación.

Al lado del general Bustamante y de la sociedad de los Corazones Sombrios se agitaba silenciosamente un tercer partido, más poderoso quizás que los primeros. Este partido se hallaba representado por Antinahuel, el toqui del Utal-

(1) Véanse los *Tramperos del Arkansas*, obra del mismo autor.

Mapus mas importante de la Confederación araucana.

Ya hemos dicho que esta pequeña república, indomable por su posición geográfica, se halla colocada como un cuño en el territorio chileno, al que separa violentamente en dos.

Esta posición daba á Antinahuel una fuerza inmensa.

Todos los araucanos son soldados. A una señal de sus jefes toman las armas, y en pocos días pueden reunir un ejército formidable, compuesto de guerreros experimentados y valientes.

Los republicanos y los partidarios de Bustamante comprendían de cuanto interés era para ellos atraer á los araucanos á su partido. Con el auxilio de estos soldados feroces, la victoria era segura.

Ya el general Bustamante y el Rey de las tinieblas, sin saberlo uno de otro, habían hecho proposiciones á Antinahuel, proposiciones que el temible toqui parecía haber escuchado, y á las cuales fingió contestar por las razones siguientes. Antinahuel, además del odio hereditario que sus antepasados le habían legado contra la raza blanca, ó quizás por este mismo odio, desde que había sido elegido jefe supremo de un Utal-Mapus, odiaba, no solo con la independencia completa de su país, sino también con reconquistar todo el territorio que los españoles le habían arrebatado, arrojarlos al opuesto lado de la cordillera de los Andes, y restituir á su nación el esplendor que disfrutaba antes de la llegada de los blancos á Chile.

Antinahuel era hombre capaz de llevar á buen término este proyecto tan patriótico.

Dotado de una inteligencia vasta, de un carácter dulce y sutil á la par, no se dejaba desalentar por ningún obstáculo ni vencer por revés á ninguno.

Criado casi completamente en Chile, hablaba perfectamente el español, conocía muy á fondo sus costumbres de su tiempo, y por medio de numerosos espías diseminados por todas partes, se hallaba al corriente de la política chilena y del estado precario en que se encontraban aquellos á quienes quería vencer. Servíase hábilmente de las disensiones que los dividían, fingiendo prestar oídos á las proposiciones que de todas partes le hacían, para en un momento dado aplastar á sus enemigos unos con otros, y quedar solo él de pie.

Necesitaba un pretexto plausible para tener sobre las armas á sus Utal-Mapus sin inspirar desconfianza á los chilenos, y este pretexto se le suministraban con sus proposiciones el general Bustamante y los Corazones Sombrios, por cuya razón nadie podía sorprenderse de ver al Toqui reunir en tiempo de paz un ejército numeroso en la frontera chilena, puesto que cada partido de por sí se lisonjaba con la idea de que aquel ejército estaba destinado á prestarle auxilio.

Así, pues, la conducta del Toqui era en extremo hábil, porque no solo no inspiraba desconfianza á nadie, sino que, por el contrario, daba esperanzas á cada uno de ellos.

La posición se tornaba grave; no podía tardar en sonar la hora de obrar. Antinahuel, que había adoptado de antemano todas sus medidas, aguardaba con impaciencia el momento de comenzar la lucha.

He aquí el estado en que se hallaban las cosas el día en que doña María fué á la toldería de las Serpientes Negras, á visitar á su amigo de infancia.

Al despertar, la Linda dió las órdenes para su partida.

—¿Me deja ya mi hermana? la dijo Antinahuel con tono de dulce reconyención.

—Si, repuso la joven, mi hermano sabe que necesito llegar lo más pronto posible á Valdivia.

El jefe no insistió. Una sonrisa furtiva iluminó su rostro.

Cuando doña María estuvo á caballo, se volvió hacia el Toqui y le preguntó con tono de indiferencia perfecta, éntele fingida:

—¿No me ha dicho mi hermano que muy pronto iría á Valdivia?

—Llegaré tan pronto como mi hermana, contestó el jefe.

—¿Entonces volveremos á vernos?

—Quizás sí.

—Es preciso, dijo la Linda con tono seco.

—¡Bueno! repuso el jefe al cabo de un instante; mi hermana puede marchar, que volverá á verme.

—¡Hasta la vista! dijo la Linda.

Y clavó espuelas á su caballo.

Muy luego desapareció entre una nube de polvo.

El jefe volvió á entrar pensativo en su toldo.

—Mujer, dijo á su madre, voy á la gran toldería de los rostros pálidos.

—Lo he oído todo esta noche, contestó tristemente la india. Mi hijo hace mal.

—¿Hago mal? por qué? preguntó Antinahuel con violencia.

—Mi hijo es un gran jefe. Mi hermana le engaña y le hace servir á su venganza.

—¡Oh! y á la mia! dijo el indio con voz singular.

—La joven blanca tiene derecho á la protección de mi hijo.

—Protegeré á la *rosa silvestre*.

—Mi hijo olvida que aquella de quien habla, le salvó la vida.

—¡Silencio, mujer! exclamó Antinahuel lleno de cólera.

La india calló lanzando un suspiro.

El jefe reunió á sus mosetones, escogió entre ellos unos veinte guerreros con los cuales podía contar de un modo positivo, y les mandó que se preparasen á seguirle en el término de una hora, después de lo cual se recostó en un asiento y quedó sumido en profundas reflexiones. De pronto se oyó fuera un gran ruido. Antinahuel salió al umbral de la puerta del toldo. Dos extranjeros montados en buenos caballos, y precedidos de un indio, se adelantaban hacia él.

Los extranjeros eran Valentín y el conde de Prebois-Crancé. Habían dejado á sus amigos á cierta distancia, fuera de la toldería.

Valentín, al salir de la aldea de los puelches, había abierto la carta que le estaba dirigida, y que D. Tadeo de Leon le remitió por conducto de su mayordomo en la chacra, encargándole que no se enterase de ella sino en el último momento.

El joven estaba lejos de esperar el contenido de aquella carta singular.

Después de haberla leído con el mayor cuidado, se la comunicó á su amigo diciéndole:

—Toma, lee eso Luis. ¿Quién sabe? acaso esta carta singular contenga nuestra fortuna.

Como todos los enamorados, Luis era muy escéptico para las cosas que no hacían referencia á su amor, y le devolvió la carta meneando la cabeza y diciéndole:

—La política quema los dedos.

—Si, los de los torpes, contestó Valentín encogiendo de hombros. Pareceme que en el país donde nos hallamos, el mayor elemento de fortuna que tenemos es esa política á la que tanto parece que desprecias.

—Te confesaré, amigo mio, que me cuido muy poco de esos Corazones Sombrios á quienes no conozco, y en cuyas filas nos han dispensado la honra de admitirnos.

—No participo de tus opiniones. Creo que son unos hombres resueltos é inteligentes, y que un día u otro llevarán la mejor parte.

—¡Buen provecho les haga! Pero ¿qué nos importa á nosotros, que somos franceses?

—Mas de lo que á ti te parece. En seguida que celebre mi entrevista con ese Antinahuel, tengo firme propósito de trasladarme en derecha á Valdivia, con el fin de asistir á la reunión para la cual nos llaman.

—Enhorabuena, dijo el conde con la mayor indiferencia; puesto que esa es tu opinión, vamos allá; pero te advierto que jugamos la cabeza: si la perdemos, nos estará bien empleado, y me lavaré las manos de antemano.

—¡Carabala! mi cabeza es la única cosa que me perte, ece realmente, contestó Valentín riendo, y no la aventuraré sino en buenas manos, des-

cuida. Pero di, ¿no sientes curiosidad como yo, por ver cómo entienden esas gentes la política, y de qué modo se manejan para conspirar?

—A la verdad, eso puede llegar a ser interesante. Viajamos un poco para ilustrarnos, y puesto que se presenta ocasión para ello, aprovechémosla.

—¡Bravo! hé ahí cómo me gusta oírte hablar. Vamos a buscar al jefe indio para el cual nos han entregado una carta.

Trangoil Lanec y Curumilla eran hombres harto prudentes para aventurarse a dar a conocer a Antinahuel la amistad que los unía con los franceses. Sin sospechar las razones que obligaban a sus amigos a presentarse al Toqui, prevenían que acaso llegaría un día en que fuese ventajoso que se ignorasen sus relaciones. Por eso cuando los guerreros indios llegaron a cierta distancia de la toldería, quedaron ocultos en un punto del terreno, conservando consigo a César, y dejaron a los franceses que continuaran su camino y se aventurasen en la aldea de las Serpientes Negras, con quienes, por lo demás, hacía algún tiempo que no estaban en muy buenas relaciones.

El recibimiento que hicieron a los franceses fué en extremo afectuoso.

En tiempo de paz, los araucanos son escésivamente hospitalarios.

Tan luego como vieron a los extranjeros se estrecharon solícitos en torno suyo, y como todos los indios hablan el español con sorprendente facilidad, a Valentín le fué fácil hacerse entender.

Un guerrero, más complaciente que los demás, se ofreció a servir de guía a los franceses que se hallaban materialmente perdidos en la aldea y que no sabían a qué lado dirigirse, y los condujo al toldo del jefe delante del cual se hallaban reunidos, y parecían estar esperando, unos veinte ginetes armados en guerra.

—Hé ahí a Antinahuel, el gran Toqui del Irapire-Mapus, dijo gravemente el guía señalando con el dedo al jefe, que en aquel momento salía de su toldo atraído por el rumor que había oído.

—Gracias, dijo Valentín.

Los dos franceses se adelantaron rápidamente hacia el Toqui, el cual, por su parte, daba algunos pasos para salirles al encuentro.

—¡He! he! he! Valentín en voz baja a su compañero; ese hombre tiene hermosa presencia y un aspecto muy inteligente para ser un indio.

—Si, contestó Luis en el mismo tono, pero tiene la frente angosta, la mirada torva y los labios delgados. Me inspira muy poca confianza.

—¡Vaya! dijo Valentín, eres demasiado difícil. ¿Esperabas que ese salvaje fuese un Antinous, o un Apolo del Belvedere?

—No; pero hubiera querido encontrar mas franqueza en su mirada.

—Vamos a juzgarle.

—No sé por qué, pero ese hombre me produce el mismo efecto que un reptil; me inspira una repulsion invencible.

—Eres demasiado impresionable, amigo mio. Yo estoy seguro de que ese indio, que, en efecto, tiene todas las trazas de un bribon, es en el fondo el mejor hombre del mundo.

—Dios quiera que me equivoque; pero al verle, siento una emoción que no acierto a definir. Páreceme que una especie de presentimiento me advierte que tenga cuidado de ese hombre y que será fatal para mi.

—¡Esas son locuras! ¿Qué relacion puede haber, en tiempo alguno, entre tú y ese hombre, a quien ninguno de los dos conocemos? Estamos encargados de una mision cerca de él. ¿Quién sabe si volveremos a vernos en tiempo alguno? Y luego, ¿qué interés puede unirnos a él en lo sucesivo?

—¡Tienes razon, no sé lo que me digo! Además muy pronto vamos a saber a qué atenemos respecto a él, porque ya llegamos a su presencia.

En efecto, en aquel momento se encontraban en frente del toldo del jefe. Antinahuel se mante-

nia delante de ellos y los examinaba atentamente, aunque fingiendo hallarse absorto por las órdenes que daba a sus mo-etones.

Se acercó a ellos con viveza y saludándolos con la mas esquisita cortesania, les dijo con voz dulce y gracioso ademán:

—¡Marry! marry! estra-jeros, sean VV. bien venidos a mi toldo. Su presencia regocija mi corazón. Digne-se pasar los umbrales de esta miserable choza que les pertenece por todo el tiempo que gusten permanecer aqui.

—Gracias por las afables palabras que nos dirige V., poderoso jefe, contestó Valentín. Las personas que nos han enviado hacia V., nos habian advertido el buen recibimiento que nos aguardaba.

—Si los extranjeros vienen aqui de parte de sus amigos, es una razon mas para que yo me esfuerce a fin de serles agradable en cuanto de mi dependa.

Los franceses se inclinaron ceremoniosamente y echaron pié a tierra.

A una señal del Toqui, los peones se apoderaron de los caballos y los condujeron a un estenso corral situado detras del toldo.

## XXVI.

## EL PARRICIDA.

Ya hemos dicho varias veces que en tiempo de paz los araucanos son extremadamente hospitalarios. Esta hospitalidad, que por parte de la tribu es sencilla y cordial, por la de los jefes se convierte en fastuosa.

Antinahuel se hallaba muy lejos de ser un indio tosco, aferrado a los usos y costumbres de sus padres. Aunque en el fondo del corazón aborreciese cordialmente, no solo a todos los españoles, sino a los individuos, sin distincion, que perteneciesen a la raza blanca, la educacion semi-civilizada que habia recibido, le daba cierta afición a la comodidad, que era del todo ajena a los hábitos y costumbres de los indios. Muchos labradores chilenos se habian visto en la imposibilidad de desplegar un lujo comparable al que el ostentaba cuando su capricho o su interés le impulsaban a hacerlo.

En las circunstancias presentes, no le disgustaba mostrar a unos extranjeros que los araucanos no eran tan bárbaros como sus arrogantes vecinos querian hacerlo suponer, y que cuando llegaba el caso necesario podian rivalizar con ellos.

Desde la primera ojeada conoció Antinahuel que sus huéspedes no eran españoles; pero con esa circunspeccion que forma el fondo del carácter indio, encerró su observacion dentro de su corazón, y con el tono mas agradable y el sonido de voz mas dulce, les invitó a que entrasen en su toldo.

Los franceses le siguieron.

El jefe les invitó con un gesto a que se sentasen.

Los peones pusieron cigarros puros y cigarrillos de papel sobre la mesa, al lado de una preciosa copilla de filigrana.

Al cabo de un instante entraron otros peones con el maté, que presentaron respetuosamente al jefe y a sus huéspedes.

Entonces, sin que el silencio se hubiese interrumpido, porque las leyes de la hospitalidad araucana exigen que no se dirija pregunta alguna a los extranjeros mientras estos no juzguen oportuno tomar la palabra, cada uno aspiró la yerba del Paraguay, fumando al mismo tiempo.

Terminada esta operacion preliminar, Valentín se levantó y dijo:

—Doy a V. gracias, jefe, en nombre de mi amigo y en el mio, por tan franca hospitalidad.

—La hospitalidad es un deber que los araucanos de-sean cumplir en un todo.

—Sin embargo, repuso Valentín como he creido comprender que el Toqui se dispone para marchar, procuraré no detenerle mucho tiempo.

—Estoy a las órdenes de mis huéspedes. No es mi viaje tan urgente que no pueda yo retrasarlo algunas horas.

—Doy gracias al jefe por su cortesania; pero

abrigo la esperanza de que muy pronto quedará libre.

Antinahuel se inclinó.

—Un e-pañol me ha confiado una carta para el jefe, dijo.

—¡Ah! repuso el Toqui con singular entonacion y fijando una mirada ardiente en el jóven.

—Si, prosiguió el francés, y esta carta voy a tener la honra de entregársela a V.

Y se llevó la mano al pecho para sacar el papel que habia colocado allí.

—Aguarde V., dijo el jefe deteniendo su brazo, y volviéndose hacia sus criados, añadió:—¡Salid! Los tres hombres quedaron solos en el toldo.

—Ahora puede V. darme ese collar (carta), continuó el jefe.

Valentín se la presentó.

El jefe la tomó, miró atentamente el sobre, dió vueltas al papel entre sus manos con vacilacion, y presentándose al jóven, dijo:

—Que lea mi hermano. Los blancos son mas sábios que nosotros los pobres indios. Ellos todo lo saben.

Valentín dió a su fisonomia la expresion de candidez mas necia que pudo imaginar.

—No puedo leer eso, dijo con cierto embarazo perfectamente fingido.

—¿Se niega mi hermano a prestarme ese servicio? dijo el jefe insistiendo.

—No me niego, jefe; solo que me es imposible hacer lo que me pide V. por una razon muy sencilla.

—Y esa razon, ¿cuál es?

—Que mi compañero y yo somos franceses.

—¿Qué importa?

—Hablamos un poco el español, pero no sabemos leerlo.

—¡Ah! dijo el jefe con acento de duda.

Dió algunos pasos por la habitacion, reflexionando, y dijo:

—Es muy posible.

Se volvió entonces hacia los franceses, que en la apariencia permanecian impasibles e indiferentes, y repuso:

—Aguarden mis hermanos un momento. Conozco a un hombre de mi tribu que comprende los signos que los blancos dibujan sobre el papel. Voy a mandarle que me traduzca este collar.

Los jóvenes se inclinaron.

El jefe salió.

—¿Por qué te has negado a leer esa carta, preguntó entonces Luis a Valentín.

—A la verdad, contestó el jóven, no sé explicármelo a punto fijo; pero lo que me has dicho acerca de la impresion que ese hombre produce en tí, me ha causado cierto efecto. No me inspira confianza alguna, y no me cuidó lo mas mínimo de penetrar secretos que mas tarde quisiera él recobrar.

—Si, tienes razon; quién sabe si algun dia nos felicitarémos de esa circunspeccion!

—¡Silencio! que oigo pasos.

El jefe volvió a entrar.

—Conozco el contenido de la carta, dijo. Si mis hermanos ven a la persona que se la ha confiado, la informarán de que marche hoy mismo a Valdivia.

—Nos encargariamos de transmitirle esa respuesta, contestó Valentín; pero no conozco a la persona que nos ha entregado esa carta, y es muy probable que no volvamos a verla.

El jefe les lanzó a hurtadillas una mirada sospechosa.

—¡Bueno! ¿Se quedan aqui mis hermanos?

—Con mucho gusto permaneceriamos algunas horas en tan agradable compania, gran jefe; pero nos urge el tiempo, y si nos lo permite V., nos despediremos inmediatamente.

—Mis hermanos son libres. Mi toldo está abierto para entrar, lo mismo que para salir.

Los jóvenes se levantaron.

—¿Hacia qué lado van mis hermanos?

—Vamos a Concepcion.

—¡Vayan en paz mis hermanos! Si se hubiesen dirigido a Valdivia, les habria ofrecido caminar con ellos.

—Mil gracias por el amable ofrecimiento de V., jefe; pero, por desgracia, no podemos aprove-

charle, porque nuestro camino es diametralmente opuesto.

Cambiáronse todavía algunas palabras de urbanidad entre los tres hombres, y luego salieron del toldo.

Los caballos de los franceses se hallaban ya otra vez en la puerta. Montaron, y después de haberse despedido por última vez del jefe, partieron.

Tan luego como estuvieron fuera de la aldea, Luis se volvió hacia Valentín y le dijo:

—No tenemos que perder un solo instante si queremos llegar a Valdivia antes que ese hombre.

—Tenemos que ir á rienda suelta. ¿Quién sabe si D. Tadeo aguardará nuestro regreso con impaciencia.

Se reunieron muy pronto con sus amigos que acechaban su llegada, y los cuatro se lanzaron presurosos en dirección a Valdivia, sin poderse explicar á sí mismos, qué era lo que les impulsaba á caminar con tanta rapidez.

Antinabuel había acompañado á sus huéspedes hasta la distancia de algunos pasos fuera de su toldo. Cuando se hubieron despedido de él, les siguió con la vista todo el tiempo que pudo, y luego, cuando hubieron desaparecido á la salida de la aldea, regresó con lento paso y muy pensativo á su toldo, diciendo para sí:

—Es evidente para mí que esos hombres me engañan. La manera en que se han negado á leer esta carta, solo era un pretexto. ¿Con qué objeto hablaban así? ¿Serán enemigos? ¿Los vigilaré!

Cuando llegó delante de su toldo, halló á todos sus mosetones á caballo, aguardando sus órdenes.

—Es preciso marchar, dijo. Allí lo sabré todo, y quizás, añadió con voz tan baja que era casi imposible oírle, quizás volveré á encontrar á esa mujer! ¡Si doña María falta á su promesa, y no me la entrega, desgraciada de ella!.....

Levantó la cabeza.

Su madre estaba delante de él.

—¿Qué quiere V., mujer? la dijo con dureza. ¿Su sitio no es aquí!

—Mi sitio es á tu lado cuando sufres, hijo mio, contestó la india con voz dulce.

—¿Acaso sufro yo? Vamos, está V. loca, madre. La edad ha trastornado á V. la cabeza. Vuélvase al toldo y vigile con cuidado cuanto me pertenece durante mi ausencia.

—¿Realmente quieres marcharte, hijo mio?

—Me marchó al instante, contestó.

Y de un salto montó á caballo.

—¿A dónde vas? dijo su madre cogiendo las riendas de su caballo.

—¿Qué le importa á V.? replicó el jefe fijando en ella una mirada colérica.

—Ten cuidado, hijo mio. Emprendes mala senda. Guecubu, el espíritu del mal, es dueño de tu corazón.

—Solo yo soy juez de mis acciones.

—¡No partirás! repuso la madre colocándose resueltamente delante de él.

Los indios, agrupados en torno de los interlocutores, asistían con mudo espanto á esta escena. Conocían demasiado bien el carácter violento é imperioso de Antinabuel para no temer una desgracia, si su madre continuaba en el propósito de oponerse á su partida.

El entrecejo del jefe estaba fruncido. Sus ojos parecían que lanzaban relámpagos, y solo con sumo trabajo lograba dominar la cólera que hervía en su pecho.

—Partiré, dijo con voz agitada por un estremecimiento de rabia; partiré aunque haya de pisotear á V. bajo los pies de mi caballo.

La mujer se agarró convulsivamente á la montura ó silla, y mirando á su hijo cara á cara, exclamó:

—Pues entonces, hazlo, y, por el alma de tu padre, que caza en las praderas bienaventuradas al lado de Pillian, te juro que no me moveré, aunque hayas de pasar por encima de mi cuerpo.

El semblante del indio se contrajo horriblemente. Paseó en torno suyo una mirada que hizo estremecer de terror á los mas valientes.

—¡Mujer!..... mujer!..... exclamó rechinando los dientes con rabia, retirese V. ó la romperé como una caña.

—No me moveré, te digo, repuso la india con una energía febril.

—¡Tenga cuidado! tenga cuidado! replicó el jefe; olvidaré que es V. mi madre!

—¡No me moveré!

Un temblor nervioso agitó los miembros del jefe, que había llegado al último parasismo del furor.

—¡V. es quien lo quiere! exclamó con voz ahogada, que su sangre recaiga sobre su cabeza.

Clavó las espuelas en el vientre de su caballo, que se levantó de manos, lanzando un relincho de dolor, y partió como una flecha, arrastrando á la pobre mujer, cuyo cuerpo entero no fué muy luego mas que una llaga.

Un grito de terror se exhaló de los pechos anhelosos de los aterrados indios.

Después de algunos minutos de aquella carrera desensata, durante la cual, la pobre india había dejado trozos de su carne en cada ángulo del camino, se acabaron sus fuerzas, soltó las bridas y cayó exánime.

—¡Oh! dijo con voz apagada y siguiendo con una mirada velada por la agonía á su hijo que desaparecía arrebatado como un torbellino: ¡desgraciado! desgraciado!.....

Alzó los ojos al cielo, juntó con esfuerzo sus manos destrozadas, como para decir una oración suprema, y cayó hacia atrás.

Había muerto compadeciendo al parricida, y perdonándole.

Las mujeres de la tribu levantaron su cuerpo con respeto y le llevaron llorosas al toldo. Al ver el cadáver, un indio viejo movió varias veces la cabeza, murmurando con tono profético estas palabras de siniestro augurio:

—¡Antinabuel ha muerto á su madre! Pillian la vengará.

Y todos inclinaron tristemente sus frentes pensativas. Aquel crimen espantoso les hacia temer horribles desgracias para lo porvenir.

(Se continuará).

## EL ANGEL MALO.

NOVELA ORIGINAL

DE JUAN DE LA CRUZ BERRIO.

(Continuación.—Véase el núm. 27).

La joven iba á respirar; pero se detuvo.

Había sonado un porrazo en la puerta de la habitación.

Croverto recorrió el cerrojo de la puerta, y en el mismo instante apareció en el umbral un marino, en cuya espaciosa frente campeaba el sello de la bondad que los grandes ánimos suelen dispensar indulgentemente á los débiles.

No estará de más advertir la semejanza que conservaba el rostro de aquel marino con las máscaras antiguas; adquiría la cualidad de carácter mas oportuno, y unas veces se mostraba tremenda, arrugada, furiosa, mientras otras destellaba cuanta ternura se abriga en una niña, cuanta volubilidad candorosa se encuentra en una coqueta, cuanta ingenua compasión se lee en los ojos del padre hacia el hijo que padece.

Aquel marino era Frari.

### CAPITULO IV.

#### EL AJEDREZ.

Frari dió un paso en el interior de la habitación.

—Perdonad, murmuró, que os haya molestado con mi intempestiva presencia.

—Al contrario, articuló Croverto, vuestra presencia nos causa un gran placer, porque ya sabeis que el marino en el agua es como quien dice un dios penate.

—Y vos, señorita, añadió Frari, dispensad que

haya interrumpido la conversacion amable de una esposa.

A las frases de una esposa se oscureció la vista de la joven, y se puso pálida hasta en lo blanco de los ojos.

Por muy rápidas que estas emociones se dibujasen, no pasaron desapercibidas al ojo perspicaz y aguileño de Frari.

—Tengo el gusto, prosiguió dirigiéndose á Croverto, de invitaros á jugar, bien un sacanete, ó un ajedrez de parte de mi capitán.

Croverto se inclinó.

—Podeis decirle que me honra con esa invitación, dijo con afabilidad y sencillez.

—¿Qué juego preferis?

—¡Oh! el que elija el capitán.

—Ha de ser vuestra la elección.

—¡Pse! ¿le agradaría el ajedrez?

—¡Diantre! creo que vais á ser la mitad del alma de mi capitán, que con efecto prefiere el ajedrez á todos los juegos del mundo.

Y saludando con un sí es no es de galantería, puso el pie en el umbral y se marchó.

El crepúsculo vertió sobre el mar una densa oscuridad y alguna que otra vez, la luna, pálida y tímida, asomaba la mitad de su disco en la escotadura de una nube, semi-alumbrando las inquietas olas.

—Esta noche tienen algo de imponente las olas para mí, murmuró Delia: ¿qué será?

—Entonces no te abandono.

—¿Y qué dirá el capitán?

—Lo que quiera: ¿no eres tú primero? Vamos no hablemos mas sobre el particular, tienes miedo y no saldré de la habitación.

—Croverto, te ruego que yayas: ¿me darás ese placer?

Croverto entonces grabó los labios en la candorosa frente de la niña y salió de la habitación sin replicar, pero clavándole esa mirada húmeda, prolongada, vivificadora de los tiernos amantes.

La joven sintió luego que se vió sola todo el dolor de los presentimientos que la agobiaron de repente, y cayó de bruces, contristada y medio llorosa, sobre una hamaca.

El mar despedía su eterna respiración con un tono de amenaza y todos dormían en el buque.

Todos.....

Escepto Delia que lloraba; escepto el vigia que estaba como enclavado en su respectivo sitio; escepto Frari, Buxtof y Croverto, que se hallaban reunidos en el camarote en que tantas veces hemos penetrado.

Croverto tenía una indefinible espresion de complacencia, y sus ojos pardos brillaban, mientras una sonrisa vagaba por sus labios delgados y de hermoso corte.

El polígono irregular se trazó en la bandeja de hueso del ajedrez.

El capitán y Croverto iban ambos á una ganando terreno, y el plan que el uno forjara, lo veía á poco destruido por el otro.

Eran dos enemigos formidables.

El capitán acosado y ya casi aturdido con los bruscos ataques del contrario, defendía con heroísmo á sus reyes.

El campo se despejaba y el joven iba asolándole con la victoria, interin el capitán mugía sordamente.

Frari los contemplaba con una sonrisa siniestra y zaina.

Con la barba apoyada en la palma de la mano y el codo en el palo de una silla, parecía absorto en el juego, pero su pensamiento estaba en todas partes y en todas cosas.

De vez en cuando, con una mirada fija y casi anhelante, examinaba un reloj que iba soltando paulatinamente sus granos de arena.

Pocos afiles quedaban ya en el juego, y aquella especie de batalla ofrecía concluirse de un momento á otro, cuando Croverto, como un guerrero, abrió la boca para exhalar un grito de triunfo; pero se detuvo.

Pasaron dos minutos.

Buxtof estaba desconfiado de ganar como un general á quien sus tropas atropellan fugitivas.

—Os bloqueo, capitán, dijo Croverto olvidándose por un momento de Delia, y desde aquí á un

instante os aseguro, á menos que no alceis á todos los héroes de sus huesas, que entregareis esos bustos á quienes tanto afecto habeis cobrado.

—Diablo, murmuró Frari.

—¡A ellos! exclamó Croverto, á los defensores del rey! abajo el rey!

—¡Ah! me busca! suspiró Buxtof mirando de un modo particular á su contrario y á Frari.

—¡El juego tiene sus revanchas! acabáos de defender, capitán, si no voy á declarar prisioneros á vuestros reyes!

—Es inútil que me defienda, porque un genio vela esta noche á vuestro lado.

Y Buxtof recargó la pronunciación en las dos últimas frases que acababa de exhalar.

—Señores, dijo Croverto en alta voz, apuesto una noche de café en Venecia, no á que gane este juego, sino otros dos seguidos.

Buxtof y Frari se sonrieron.

—Y es, señores, porque acostumbro ganar, por una anomalía, tres juegos seguidos; pasados estos, caigo de mi pedestal, me abandona la suerte y un ciego sabe colocar mejor los alfiles.

—Ya veréis, sin embargo, como esta noche se declara la fortuna á vuestro favor.

—Croverto miró á Frari, y sin responderle, puso un dedo sobre un alfil.

—¡Me asediais, caballero! exclamó Buxtof.

Y para sus adentros.

—¡Ah! ¿Con que este es el jóven que juró matar al primer Buxtof que encontrase? ¡Diantre! tal vez esté pensando en el modo de asesinarme mañana en Venecia! ¡Diantre! es preciso que no llegue á mañana!

Hubo un instante de silencio.

—Señores, dijo Frari en falsete, apuesto á que os habeis ensimismado.

—Pensaba en descargar el último golpe, murmuró Croverto con sencillez.

—Y yo pensaba en evitar la ruina que este jóven me prepara, dijo Buxtof con suspicacia.

—Pues bien, ¡pelead!

—Eso harémos, replicó Buxtof, ¡vencer ó morir!

—Escelente emblema para grabarle con letras de oro en el campo esmeralda de un rico estandarte de guerra ribeteado de gules: ¡vencer ó morir! exclamó Frari.

—¡Ah! ¿Soltáis vuestra espada? murmuró Croverto exaltado por el placer: ¡os venci, capitán! ja..... ja..... no hay remedio os corté la retirada..... ¡He! caballero! entregad vuestro rey!

Y el jóven se entregó á la alegría como si se las hubiese con un discípulo de colegio.

—Ja..... ja..... ja.....

Pero de repente contuvo su hilaridad.

Vió amenazador el semblante de Frari é irritado el de Buxtof, oyendo al mismo tiempo un gemido que parecía salir de un próximo testero.

Por un movimiento maquinal medio se levantó de la silla, sosteniéndose en las corvas.

Pero entonces, Buxtof, haciendo volar tablero, caballos, alfiles y reyes, que rodaron en confuso monton en la estancia, causando un estrepitoso desorden, le amenazó con los puños.

—¡Asesino! balbuceó pálido de colera, yo soy Buxtof! ¿No lo sabiais?

Croverto, sorprendido en extremo, creyó que el capitán se había vuelto loco, que el marino se disponía á hundirle en el pecho un puñal, y que la habitación era una misteriosa prisión mas bien que un camarote, ó que él estaba soñando de un modo horrible.

Frari le asió de pronto entre sus brazos de hierro, oprimiéndole contra el corazón, y levantando con rapidez un tapiz, le lanzó por un boquete al abismo de las aguas, donde se oyó un porrazo sordo ahogado incontinentemente con el bramido de las olas que se removían con furor.

El buque se deslizaba con rapidez sobre el Adriático, y la luna reflejó un momento sus pálidos rayos en la inmensidad augusta de los mares.

—¡Socorro! gritó una voz apagada.

Buxtof se levantó como impulsado por un re-

sorte del sillón en que había caído anonadado.

Frari prestó atención con los ojos chispeantes y la boca entreabierta.

—¡Socorro! repitió la voz.

—¿No ois? no ois? balbuceó desencajado Buxtof.

—Si; pero su acento es mas angustioso cada vez, replicó Frari; le falta el aliento y no tardará en ahogarse.

—¿Pero y si sigue gritando?

—No seguirá.

—Y si sigue, ¿qué harémos?

—¿Qué?

—Somos perdidos.

—No..... si da otro grito, me lanzo á las aguas y le ahogo entre los brazos.

—¡Dios mío! Dios mío!

—¡Silencio!..... Nada se oye..... el buque camina de prisa y el jóven se ha ahogado ó no tardará en hacerlo..... ¿No veis nada?..... Solo se percibe el mugido violento del mar.

Buxtof enmudeció de terror.

Una hora despues Frari despertaba á todos los marinos, gritando.

—¡Uno se ahoga! salvadle!

El capitán entre tanto mandaba á los que dispartaban que se lanzasen al mar y arrojaran cables.

Con efecto, mientras los mas osados se tiraban á las ondas en busca del jóven, otros echaban cuerdas.

La confusion y el trastorno llamó la atención de Delia, que salió á cubierta acometida de funestos presentimientos.

—¿Quién se ahoga? preguntó temblando.

—Señorita, repuso Frari que estaba á su lado, ¡vuestro marido se ha lanzado al mar!

Delia exhaló un grito y cayó de rodillas, estendiendo las manos hácia las olas, que se agitaban convulsivamente.

Un cuarto de hora despues los marinos se reunían sobre el puente desesperanzados de hallar al jóven, y los cables se retiraban.

Entonces Delia hizo un movimiento para arrojarse al mar; pero cayó sin conocimiento á los brazos de Frari, que la trasportó á su habitación, casi enamorado de aquel rostro tan hechicero y tan bello que en la aflicción revelaba.

## CAPITULO V.

### LA TENTACION.

Pronto la aurora debía teñir con jacintos y púrpura las inquietas olas del mar.

El buque daba frente á Venecia.

Y en un camarote del buque, al lado de una lámpara que iluminaba á medias la estancia, se veía á Delia que aun no había vuelto de su desmayo.

Tenia la cabeza recostada en una mano, y esta en la almohada de la hamaca, en donde su cuerpo, ligeramente cubierto con un vestido, parecía una hermosa escultura; el cabello caía en bucles sobre su cuello, y una densa palidez resaltaba sobre la blancura nitida de su rostro.

Frari estendía temblando las manos sobre el lecho.

—¡Oh! no te amo, bella niña! exclamó balbuciente. Seguramente que yo podría amarte con inocencia; empero ¿no eres tú hija de mi enemigo? Por eso siento hácia ti una sensación de fuego espantosa..... ¿Quién sabe si mi hija habrá sido víctima de una infamia?

Una especie de vago suspiro sonó en el pecho de la jóven.

De pronto lanzó un grito débil y se incorporó sobre el lecho.

—¿Quién sois? balbuceó dirigiéndose á Frari, que formó su plan de ataque en un relampago: ¿qué me queréis?

—¿No os acordais, hija mia, del marino que invitó á vuestro marido que jugase con el capitán?

—¡Dios mío! ¿Con que es verdad? con que no ha sido un sueño? con que se ha ahogado? exclamó Delia juntando las manos y arrasándose sus bellos ojos de lágrimas transparentes.

—Por desgracia, hija mia, vuestro marido sa-

lió del camarote del capitán y se lanzó en seguida en las olas, sin que nuestro celo haya podido salvarle.

Los gemidos y las hondas ráfagas de lágrimas que ascendían del corazón de la infeliz, le privaron de la palabra por un instante.

Cuando caisteis en mis brazos desmayada, prosiguió Frari, como los marinos se retirasen á descansar, juzgué oportuno traerlos á vuestra habitación y velar á la cabecera de vuestro lecho: ¡sois tan hermosa, hija mia!..... ¡Hubierais estado tan espuesta á los miserables deseos de la tripulación! Creedme, os he librado de un gran riesgo.

La jóven tembló.

—¿Y quién podría hacer daño á esta desgraciada? murmuró con apagado acento.

—¿Quién, hija mia?

—Y además, ¿creéis que la virtud no puede defenderse por sí misma?

—¡Infeliz! respondió Frari afectando una profunda conmiseración, cuando el tímido y desamparado corderillo cae en las garras del lobo carnívoro, ¿os figurais que le es dable escapar de los dientes de su enemigo?

—¡Oh! eso es terrible!

—No tengais cuidado que yo me interpongo entre la maldad de los hombres y la inocencia de vuestro corazón.

—¿Vos? replicó la jóven con ansiedad.

—¿Y cómo no, si sois tan bella, tan sencilla y tan virginal? ¡Ay! ójala, hija mia, que todos los brazos os defendieran como el mío! exclamó Frari en tono sentimental. Yo podré inspiraros aversión con mis endurecidas facciones; ¡pero si vierais, Delia, mi corazón tan bueno!.....

Y compungido hizo algunos aspavientos de ternura, en la firme inteligencia de que la adulación es la llave misteriosa que abre á la confianza el frágil pecho de la mujer, palma que se dobla al lado que el viento la impulsa en el desierto de la vida.

—Y si en efecto teneis un corazón tan puro, ¿cómo dudais que lejos de profesaros aversión, os tributo mi gratitud y mi afecto? dijo Delia, reposando una mirada en el rostro entonces terso y casi iluminado de Frari.

—¿De veras os causo afecto?

—¿Pues qué? se puede odiar á quien jamás nos hizo daño?

—¡Qué alegría! ¡Esta es la noche mas feliz del mundo para mí; puesto que he podido libraros del gran riesgo que vuestro honor ha corrido!

—¿Mi honor? ¿qué decís?

—¡Pobre niña! cuán ciega es la poca experiencia!

—Me estrañan vuestras palabras.

—¿Queréis que me explique de una vez? Suponed que en lugar de sentir hácia vos una pura simpatía, yo fuese uno de tantos milanos que espían la favorable ocasión de enarcar las garras sobre la inocente paloma; ¿no os hubiera encontrado dormida? no me hubiera apoderado de vuestra existencia? no hubiera estrechado vuestra mano..... así..... con un arrobamiento inesplicable y deleitoso?

Esto diciendo, Frari, cuyos grandes ojos exhalaban dulces miradas, asío con efecto la mano de la jóven, sin que esta se cuidase de retirarla.

Si, inocente hija mia, prosiguió Frari con exaltación; ese milano de la raza humana se hubiera apoderado de vuestra mano, hubiera sentido la voluptuosa influencia de vuestros ojos; la sonfisa de vuestros labios hechiceros le hubiera embargado el alma, y ébrio de placer, loco de contento, ¿creéis que no habría caído á vuestros pies como ante una aparición divina?

Y se inclinó hácia la jóven con una graciosa volubilidad y delicadeza aparente.

A no ser por su cabello gris y su barba encanecida, cualquiera tomaría á Frari en el concepto de un jóven. Irradiaba encantos su frente como luz el sol; átomos de sencilla alegría destellaban sus sonrisas, y el fuego de su mirada era vivo, franco, amoroso, subyugador.

¡Oh Delia! ¡oh Delia! continuó en una voz que



¿Quién se ahoga? preguntó la jóven temblando. (Pág. 439, columna 2.ª)

recorría todos los tonos hasta acabar en una especie de armonía trasportadora; ese hombre que os he dibujado de una simple pincelada, ¿creéis que no sería capaz de estampar sus labios impregnados de obrepcion en los vuestros trazados por la mano de los ángeles, entre corales y púrpuras? ¡Si! y toda su vida la deprecia por un instante que os dignaseis amarle! y sus mas caros objetos seria capaz de olvidar por una de vuestras miradas, por una de vuestras frases de amor..... ¡Si!..... y ese hombre ¿queréis saber quién es? ese hombre soy yo..... yo, que deliro por vos, y por vos me consumo en un fuego incesante y devorador; yo, que os amo con frenesi. ¡Perdon, ángel mio! luz de mis ojos! perdon! Pero ¿por qué mudais de color? Estamos solos... solos en una habitacion retirada, y el mar nos rodea, la tripulacion duerme, silencio sepulcral por todas partes..... ¡Si, estamos solos con nuestro amor.

Delia arrojó un grito que como un genio silbó sobre los abismos de las olas.

Pero nadie acudió en su auxilio.

Tremenda calma reinaba en el buque.

No se oía afuera sino la imponente y sublime armonía de las profundas ondas del mar.

En la habitacion retumbaba el latido de dos corazones: uno desbordándose en torrentes de sensualismo, y otro agitado por fuertes emociones de terror.

Hubo un instante de ansiedad verdaderamente espantosa y truculenta.

El Angel malo sonreía a la victima con labios pálidos.

La desventurada quiso fulminar otro grito; pero entonces Frari cubrió la boca con una mano.

Los ojos de la infeliz brillaron como carbunclos convulsos y desencajados de las órbitas.

Y viéndolo en el seno de aquel hombre el mango de un puñal, lo ase con mano desesperada, por un movimiento rápido é imprevisto.

En seguida aplicó con un entusiasmo febril la punta del puñal á su garganta caliente, y exclamó con voz segura.

—¡Tigre! un ademan mas y me suicido! ¿Dudais que me faltará el valor? queréis un cadáver?

Frari sintió circular por sus venas un intenso frio, y sobre sus sienas sudorosas se le erizaron los cabellos.

Soltó la mano que asia, y retrocediendo un paso pareció abismarse en una profunda meditacion.

Luego alzó la cabeza, y se puso á contemplar el rostro contraido, pero hermoso de aquella niña.

—¿Quién sois? exclamó: ¿quién sois que con tanta energia me habeis rechazado? quién sois que preferis el suicidio á la deshonra?

—Yo soy nada mas que una desdichada, murmuró la jóven aturdida y afirmando mas aun la acerada punta del puñal sobre la tersa epidermis de su garganta. ¡Ah! ¿Pensábais que sería fácil empañar la sangre de la hija de Amurates?

Frari dió un salto sobre si mismo, con los ojos dilatados por la sorpresa, con los labios entreabiertos, con los brazos estendidos.

—¿Qué habeis dicho? exclamó: sois vos la hija de Amurates? ¡Dios mio! prosiguió cayendo de rodillas; ¡esto es cruel!

—¿Acaso conocéis á mi padre? preguntó la jóven vislumbrando un rayo de esperanza.

—¡Si, le conocia!

—¿Será posible? ¡Explicáos por piedad!

—¡Ah! soy un monstruo! querer seducir á la

hija de mi amigo! querer deshorrar á la que tenia encargo de devolver á su desdichado padre!

—¿Qué decis? preguntó la jóven á su vez.

—¡No..... no!..... balbuceó Frari de repente: yo no me puedo sostener sin confundirme vuestra mirada! no puedo contemplaros sin que el rubor me abrase! ¡Oh Dios mio! soy un ogro.

Y exhalando una especie de febril gemido, que parodiaba el remordimiento de su conciencia, se puso de pié, y sustrayendo el puñal de las manos de la jóven con otro movimiento no menos rápido, se lanzó fuera de la habitacion.

—¡Rayos! murmuró: ha desaparecido de mi corazon la sensualidad, y brota en mi labio terrible sed de venganza!

Y se dirigió al camarote del capitan con objeto de llevar á Amurates una pequeña cesta de provisiones.

La jóven entre tanto corrió por dentro los cerrojos de la puerta, y sola en la habitacion, se desplomó de rodillas, con los ojos puestos en el cielo, las manos cruzadas, el seno oprimido y ofuscada el alma por las ideas que aquel marino le habia suscitado.

(Se continuará.)

## HISTORIA DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ITALIANA.

(Continuacion.—Véase el n.º 27.)

Desde el glorioso combate de Malignano ó Marignan, cuyos detalles damos mas abajo, se-





EL GENERAL CLER.

gun ofrecimos en nuestro número anterior, la relacion de los acontecimientos se limita poco mas ó menos á la indicacion de los cuarteles generales. El ejército francés, despues de haber pasado el Adda hácia Cassano, se dirigió á cortas jornadas sobre Brescia, donde entró el 18 por el camino de Triviglio, Covo y Chiari, mientras que el ejército piemontés seguia una direccion paralela, un poco mas al norte, pasando por Naprio, Palazzolo y Cozzaglio.

Esta marcha á retaguardia de los austriacos que se retiraban sin oponer resistencia, no ha sido turbada por ningun incidente. El general Garibaldi, que habia precedido á los ejércitos aliados á Brescia, dirigióse en seguida á Tre Ponti y Rezzato, camino de Lonato. Sus cazadores, llevados de su ardor, atacaron y persiguieron las avanzadas austriacas, hasta Castenedolo, camino de Monte-Chian, donde se hallaban fuerzas superiores que los obligaron á retirarse con pérdida de unos cien hombres muertos ó heridos, segun las relaciones piemontesas, de 400 hombres fuera de combate y de 80 prisioneros, segun los boletines austriacos. La division piemontesa Cialdini llegó en seguida, por orden del rey, á tomar posicion en Rezzato, á fin de apoyar, en caso de necesidad, á Garibaldi.

Los austriacos habian abandonado todo el pais entre el Chiese y el Mincio, y su cuartel general estaba en Villafranca, un poco antes de llegar á este rio. Garibaldi se hallaba en Salo, en el lago de Garda.

El principe Napoleon dejó á Florencia con una parte de su cuerpo, y pasó los Apeninos hácia el 15. Llevaba consigo 10,000 toscanos, cuya organizacion parece haber sido tan lenta como difícil. La division de Autemarre, que partió anteriormente en otra direccion, estaba el 15 en Placencia.

Ninguno de los rios que es preciso atravesar para ir de Milan á Peschiera ó Mantua, constituye una verdadera linea de defensa. Su poca longitud y profundidad facilita el establecimiento de puentes; la longitud de sus corrientes apenas permite guardarias en toda su estension, y por consiguiente, de su direccion, casi siempre oblicua á la que siguen los ejércitos, cuya direccion es de Este á Oeste, si el paso es sorprendido, ó se ve forzado en un punto, el ejército que ha querido impedirlo puede hallarse separado de su linea de retirada.

Pero estas corrientes de agua al menos, y los numerosos canales que las ponen en comunicacion, ó que reciben y utilizan su riego, permiten oponer al enemigo una resistencia muy débil, y presentar una serie de combates parciales que hagan decaer su movimiento.

Sin embargo, no ha sido así: el ejército austriaco, despues de haber renunciado á disputar el Adda, abandonado á Pizzighetone, plaza fuerte que cubre la parte baja de este rio, y dejado pasar sin combate el Sesia y el Oglio, se ha decidido á retirarse sin detenerse en su famoso cuadrilátero, y á concentrarse entre Peschiera y Mantua, detras del Mincio. Tal vez habra creído deber ocupar inmediatamente el campo atrincherado de Verona, y la orilla izquierda del Adige hasta Legnago, repitiendo la maniobra hecha por él en 1818, y que tan bien le salió, pero contra otros adversarios, y en circunstancias muy distintas.

Tres causas se han asignado á esta determinacion, que parece un acto desesperado á los que no tienen una idea exacta del estado de las cosas. Porque por parte del gabinete de Viena el abandono de Italia hasta el Mincio no implica ni desaliento ni renuncia.

Segun unos, el estado mayor austriaco no hace otra cosa que volver á ejecutar el plan propuesto y rechazado, antes del principio de las hostilidades, por el feld-mariscal de Hess, cuya influencia prevalece hoy. Este plan consiste en permanecer á la defensiva tras el Adige, en cansar y molestar á los sitiadores, obligándolos á poner sitios, á intentar ataques peligrosos, que sean rechazados, sin perjuicio de volver á ponerse á la ofensiva si las circunstancias lo permiten, y tomar entonces á Verona por base de sus operaciones.

Segun otros, los generales austriacos necesitan restablecer la fuerza moral en sus soldados, y reanimar al ejército, atomizado con sus derrotas. Se cree obtener este efecto con la llegada de refuerzos numerosos que se esperaban, y permaneciendo en los puntos que recuerdan al soldado austriaco hechos para él gloriosos; puntos donde ha hallado ya un asilo despues de desastres que parecian entonces, como hoy, deber hacer desesperar de la monarquia. Cuenta-se sobre todo con la facultad que se obtiene con esta retirada de no aceptar el combate sino con las mas ventajosas condiciones.

En fin, segun otras interpretaciones, el abandono general de todos los puntos fortificados, de todos los paises ocupados fuera del ángulo formado por el Mincio y el Pó, ha sido dictado por consideraciones politicas mas bien que militares. La evacuacion de los Estados Romanos tendria por efecto previsto hacer surgir, relativamente á la soberania temporal del Santo Padre, complicaciones que puedan dar por resultado la intervencion de la diplomacia. Pero ante todo, Austria, replegándose sobre el Mincio y el Adige, líneas generalmente miradas en Alemania como el complemento necesario del sistema de defensa adoptado por la Confederacion contra una invasion francesa, habria escitado en el mas alto grado la susceptibilidad germanica; así daria al partido de la guerra causas serias para pedir que no se dejase al Austria sola el cuidado de defender barreras proclamadas como indispensables á la seguridad de la patria comun.

Por lo demás, cualquiera que sea la causa de las resoluciones adoptadas por el jóven emperador; cualquiera que sea la influencia ejercida respecto á esto por cada una de estas tres causas aisladas ó combinadas, es indudable que la guerra va á entrar en una nueva faz. Parécenos, pues, que ha llegado el momento de describir las posiciones donde el ejército austriaco va á reorganizarse, y decir cuales son los obstáculos que opondrá al ardor de los soldados franceses.

La linea del Mincio, que encontraremos despues de haber pasado el Chiese y atravesado el pais, muy desigual por la parte del Norte, mas llano y descubierta al Mediodia, donde ha tenido lugar la batalla de Castiglione y otros tantos combates menos célebres, tiene por si misma poca importancia; pero esta linea es el complemento de la del Adige. Empezando desde las montañas del Tirol, el lago de Garda forma en una longitud de cerca de 60 kilómetros, del Norte al Sur, una barrera natural. Desde Riva hasta Peschiera es, pues, imposible que un ejército avance de Este á Oeste, así como tampoco en sentido contrario.

De la estremidad meridional del lago de Garda sale el Mincio dividido en dos brazos por una isla, en la que está situada la ciudad fortificada de Peschiera. Esta plaza, además de su recinto, compuesto de bastiones, está protegida por obras avanzadas que se estienden no poco en las dos orillas, cuyas obras forman un campo atrincherado, don-

de caben con toda holgura quince mil hombres.

Las tropas que la ocupan amenazan así con un ataque de flanco al cuerpo enemigo que intentase pasar el Mincio á una distancia poco lejana de su nacimiento.

Este rio, despues de atravesar la llanura del Mantuano, en una longitud en linea recta de 30 kilómetros, y si se tiene en cuenta sus numerosas sinuosidades, despues de un trayecto de unos 40 kilómetros del Norte al Sur, forma otro lago, en cuyo centro está construida Mantua, en una isla de cerca de 50 hectáreas. Esta isla se halla separada por un canal poco ancho de otra isla llamada Cerese, cubierta de fortificaciones, formando por este lado una linea de defensa.

Mantua, fuerte por su posicion, comunica con tierra firme por cinco calzadas, cuyas desembocaduras se hallan cubiertas con obras mas ó menos importantes. Son la ciudadela al Norte y el arrabal fortificado de san Jorge al Este, ambas en la orilla izquierda del Mincio; los fuertes de Padelle al Oeste, y los de Cerese y Pietole al Sur, al otro lado de la isla de Cerese. Estas tres clases de fuertes están en una especie de isla llamada el Seraglio.

Al salir del lago, el Mincio corre oblicuamente al Sudoeste durante 11 á 12 kilómetros, por un terreno pantanoso antes de desembocar en el Pó. Esta parte del rio deja á su derecha una llanura que encuadra al Norte por el lago, al Sur por el Pó, al Este por el Mincio y al Oeste por un canal que va á desembocar en el Pó, á 15 ó 16 kilómetros de la embocadura del Mincio: esto es lo que se llama el Seraglio.

La proximidad de Mantua y la naturaleza del terreno en la longitud del rio y del canal, no permiten un punto de paso en esta parte de su curso.

El único punto del Mincio que puede defenderse es, pues, el que se halla entre Peschiera y Mantua. El rio ofrece muchos puntos vadeables por algunos sitios donde hay poca agua; pero por medio de esclusas puede nivelarse su corriente. Los ángulos tan numerosos que forma, y la altura á que llega en muchos puntos la orilla derecha, facilitan el establecimiento de los puentes.

Ante un ejército que no se puede valuar en menos de 200,000 hombres, apoyando sus dos alas en dos plazas fuertes, no teniendo que vigilar mas que una linea de 30 kilómetros, son casi imposibles una sorpresa y un movimiento de retirada. Es, pues, un paso de viva fuerza el que tendrán que intentar los aliados, y que probablemente será mas disputado que los verificados en 1796 por el general Bonaparte, en 1800 por el general Brune, y en 1848 por los piemonteses; porque en estas tres épocas, los sitiadores no tenían delante de ellos sino cuerpos demasiado débiles para cubrir toda la estension que habia que guardar.

Además, en 1796, Peschiera no tenia la importancia militar que la han dado los trabajos sucesivos; pertenecia á los venecianos, neutrales en apariencia: tambien esta ciudad fué ocupada sucesivamente por los dos ejércitos beligerantes, sin haber opuesto resistencia seria al que la atacaba. Su posicion no ha podido, pues, ejercer influencia alguna, ni aun en los acontecimientos de 1848; puesto que sus obras exteriores no tenían el desarrollo que han adquirido despues.

Una vez pasado el Mincio, el ejército aliado se halla en la necesidad de formar dos grandes destacamentos, destinados á bloquear ó sitiar á Peschiera y Mantua.

Otro cuerpo debe tomar posicion en la orilla derecha del Pó, á fin de observar este rio desde Borgoforte hasta Lago-Scuvo. Probablemente es el papel reservado al quinto cuerpo y á los toscanos, que á la hora esta deben haber pasado mas alla de Módena.

Los aliados, avanzando desde Milan, han debido dejar en su izquierda tropas en número suficiente para apoyar la insurreccion lombarda, que no puede guardar sola los desfiladeros del Tirol. Un cuerpo austriaco de mil hombres, que ha pasado ya el Stelvio, estará en Grossoto, segun los periódicos suizos, á algunos kilómetros de Tiranoram, en la Valtelina.

Tambien parece que un regimiento piemontés ha vuelto á subir el valle de Camonica, á fin de observar el camino del Tonal, desembocando en el alto Oglio.

Otro destacamento deberá guardar el pais situado entre los lagos de Iseo y de Garda, á fin de impedir á las tropas austriacas procedentes de Trento, que bajen por la roca de Anfo y el valle Sabbia sobre Brescia, porque á medida que se adelanta hacia el Adige, se tiene un flanco izquierdo mas amenazado por los ataques posibles que parten del Tirol.

El Adige pasa á 20 kilómetros de Peschiera, y á mas de 30 de Mantua, porque este rio, que desde Trento hasta Bussolengo se dirige de Norte á Sur, vuelve en seguida al Sudoeste, apartándose, por consiguiente, del Mincio. Hasta cerca de Verona se halla encajonado entre dos cadenas de montañas, algunas veces á pico, no dejando entre estas y su lecho, en la orilla izquierda, sino un camino estrecho, cerrado en otro tiempo por un fortin que la atajaba completamente. Uno de los contrafuertes de esta cadena termina, bajando bruscamente, en Verona mismo, y su cima está cubierta de obras separadas de mucha estension. Así, el camino que se estiende por la orilla izquierda desde Roveredo, va á salir á uno de los puertos de la ciudad, que es su única desembocadura. Cualquier tentativa de pasar el Adige mas allá de Verona, tiene, pues, por resultado arrojar al cuerpo que haya verificado este paso en un desfiladero sin salida. Ante él, montañas escarpadas que no dan á ningun camino; á su derecha, las fortificaciones de Verona, cuyo fuego barre el valle; á su izquierda, la Chiusa, este desfiladero tan facil de defender, admitiendo, lo que ignoramos, que el fortin que le defendia no exista ya.

Verona, donde el rio tiene de 80 á 100 metros de ancho, se halla cubierta en la orilla derecha, además de un recinto de bastiones, por un campo atrincherado de 3 kilómetros de largo por 2 de ancho, es el centro de accion del ejército encargado de defender á esta linea. Debajo de la ciudad, el Adige forma un ángulo muy pronunciado, y corre unos 15 kilómetros paralelamente al camino de Verona á Viena, y en el flanco de las magnificas posiciones de Caldiero. El rio se vuelve á echar en seguida hacia el Sudoeste, cerca de los pantanos donde se dió la batalla de Arcole; mas abajo atraviesa á Porto-Legnago, plaza fuerte situada á 40 kilómetros de Verona, por el camino que atraviesa la llanura; pero á mas de 50 por el camino establecido en la orilla izquierda, á fin de facilitar los movimientos del ejército encargado de defender el paso. Contando desde Alpona, el rio se halla exactamente encajonado en sus diques; tambien su anchura, su profundidad y su rapidez son menores obstáculos á un paso de viva fuerza, que la dificultad de desembocar en medio de los pantanos y de terrenos faciles de inundar.

Mas abajo de Porto-Legnago, que asegura al ejército austriaco el paso del rio, corre hasta el mar á través de las llanuras, mas bajas que su lecho, surcadas de corrientes y de canales que se pueden hacer impracticables, rompiendo los diques y la reunion de las aguas del Tartaro, del Adige, del Pó y de los canales ó derivaciones que los ponen en comunicacion.

Así, la única parte del Adige capaz de defensa, es la que se halla entre Verona y Legnago.

En 1796, el general Bonaparte ocupaba estas dos plazas, que pertenecian entonces á los venecianos. Gracias en parte á la ventaja que le aseguraban de poder maniobrar á su antojo en las dos orillas del Adige, es como debió vencer fuerzas muy superiores.

El ejército aliado, una vez colocado entre las cuatro plazas de Mantua, Peschiera, Verona y Porto-Legnago, en presencia de un ejército enemigo cubierto por un rio, que puede atravesar cuando quiera, se ve obligado en su izquierda á guardar las montañas que separa el lago de Garda del valle del Adige, cubrir las dos desembocaduras de Verona y Porto-Legnago, á fin de proteger el cuerpo encargado de verificar el paso contra los ataques de flanco que pudieran diri-

girse por los enemigos procedentes de una ú otra de estas plazas. En esta posicion, cualquier maniobra falsa, cualquier atraso en la concentracion de tropas, pueden traer consigo graves resultados.

Por eso, en 1848, las fuerzas de que disponia Carlos Alberto, no respondian á las exigencias de esta situacion; por eso se vió obligado á diseminar demasiado sus fuerzas; por eso fué vencido despues del primer triunfo, entre el Adige y el Mincio.

Si cualquier ataque de frente, en una de las dos lineas del Mincio y del Adige, es una operacion militar de las mas graves, las escaramuzas que se intenten dirigir contra sus flancos ó sus retaguardias, no son tan fáciles como se supone generalmente.

El movimiento que tiene por objeto llegar al lago de Garda por el único camino posible á la artilleria, el que sigue el valle Sabbia y sube el lago pequeño de Idro, encuentra el primer obstaculo en el fuerte de la Roca de Anfo. Esta fortaleza, colocada en una roca inaccesible, intercepta en su parte baja el camino que la atraviesa entre el lago y la roca. Mas arriba, la pequeña ciudad de Riva, á la cabeza del lago de Garda, que domina, se ha vuelto una plaza fuerte por la prevision de los austriacos, que han aprovechado la historia de sus reveses para procurarse medios mas poderosos de resistencia en todos los puntos necesariamente amenazados.

Desde luego, este movimiento intentado por un cuerpo débil, no influiria en el conjunto de las operaciones; llevado á cabo por un cuerpo numeroso, debilita el centro de la linea francesa estendiendo desmesuradamente el ala izquierda.

Un desembarco entre las bocas del Pó y las del Isonzo, parece imposible. En toda esta estension, el rio se compone, en una profundidad de 12 á 16 kilómetros, de pantanos insalubres ó lagunas que van á confundirse con el mar, y cuyo fondo es de una pendiente tan insensible, que las embarcaciones mayores no pueden acercarse á tierra.

En cuanto á Venecia, las lagunas, en cuyo centro está construida, se hallan separadas del mar por un banco de arena, que forma una linea estrecha y paralela á la orilla, que solo deja para penetrar en lo interior tres canales; el del Lido, el de Chioggia y el de Malamoco, defendidos todos tres por numerosas y fuertes baterias. Superado este primer obstaculo, preciso es dirigirse á los sitios de menos agua de las lagunas por estrechos canales. Estos canales, únicos caminos para llegar á Venecia, están defendidos ellos mismos por infinidad de fuertes colocados en islotes, y por la marina austriaca, compuesta de buques de poco calado.

Para obviar estos obstáculos, preciso es confesar que el ejército francés dispone de medios de ataques muy superiores á los que se han empleado hasta el dia. Sus chalupas cañoneras les permitirán disputar el lago de Garda y el curso de los rios á las escuadrillas austriacas. Dueños de ese lago, podrán atacar á Peschiera, tanto por mar, como por tierra, é inquietar al enemigo con tentativas de desembarco hasta cerca de Riva. Tambien les será mas facil echar puentes sobre los rios que tengan que pasar.

Sus baterias flotantes, de poco calado, podrán internarse con menos peligro en las lagunas, y sostener una lucha menos desigual con las baterias de tierra. El mucho alcance y los efectos de su artilleria nueva reducirán mucho el valor de las numerosas fortificaciones levantadas con tanto cuidado.

En fin, en los movimientos que deberá hacer el ejército aliado, y que podrian traer consigo la necesidad, para un cuerpo aislado, de sostener el choque de fuerzas muy superiores, el valor y disciplina de sus soldados permiten esperar, que, aunque muy desigual en número, sabrán conservar su posicion.

Pero uno de los primeros elementos de buen éxito en esa guerra de batallones, y en el teatro donde se lleva á efecto, es el número, á causa de la multiplicidad de los cuerpos secundarios que son necesarios.

Ahora bien; Francia, obligada á conservar en

el Norte un poderoso ejército de observación, no puede aumentar el suyo en Italia. Se necesita, pues, un esfuerzo vigoroso de parte de los pueblos de la Península. Los enganches voluntarios no bastan de modo alguno á cubrir el guarismo que debe tener el ejército italiano. Se necesita, pues, que se generalice la participación en la guerra; se necesita que el reclutamiento forzoso en todas partes permita constituir un ejército regular más sólido, de más resistencia que esos cuerpos de auxiliares que, aunque preciosos, nunca serán más que auxiliares.

Si la Italia quiere ser independiente, no hay neutralidad posible para ninguno de sus estados, porque sería querer demasiado, dejar que pesara sobre una nación extranjera, ó sobre compatriotas, las probabilidades y la carga de una guerra que debe dar por resultado la emancipación general.

Hé aquí ahora el parte oficial de la batalla de Malegnano que ha dado el mariscal Baraguey d'Hilliers al emperador al día siguiente de la acción.

Dice así: «El Sr. V. M. me dió ayer orden de ir con el primer cuerpo al camino de Lodi, y arrojar al enemigo de san Juliano y de Malegnano, previniéndome que para esta operación se me incorporase el segundo cuerpo mandado por el mariscal Mac-Mahon.

«Inmediatamente fui á san Donato para ponerme de acuerdo con el mariscal, y convinimos en que él atacaría á san Juliano con su primera división; que después de desalojar al enemigo se dirigiría á Carpianello para pasar el Lombró, que es difícilísimo de abordar, y que desde allí se dirigiría á Mediglia.

«La segunda división debía tomar en san Martino el camino que por Trivulzo y Casanova conduce á Betola, y se dirigiría sobre la izquierda de Mediglia, á fin de rodear la posición de Malegnano.

«Se convino en que el primer cuerpo iría todo entero hácia el camino real de Malegnano, enviando á la derecha, en el punto indicado en el mapa *Betola*, la primera división que, pasando por Civerio y Viboldone, iría á Mezzano, establecería en este punto una batería de doce piezas para batir á Dedriano primero, y después el cementerio de Malegnano, donde se había atrincherado el enemigo, y había establecido fuertes baterías.

«Que la segunda división del primer cuerpo, después de dejar á san Juliano, iría hácia san Brera, estableciendo allí igualmente una batería de doce piezas para batir el cementerio y enfilar el camino de Malegnano á Lodi.

«Y en fin, que la tercera división del mismo cuerpo se dirigiese directamente sobre Malegnano, y se apoderaría de la ciudad, juntamente con la primera y segunda divisiones, apenas hubiese introducido allí el desorden el fuego de nuestra artillería.

«La primera división, dejando á Malegnano á su izquierda, recibió orden de dirigirse hácia Cerro, y la segunda y tercera hácia Sordio, donde deberían ponerse en relación con el segundo cuerpo, que se dirigiría allí igualmente por Dresano y Casalmajocco.

«Para que estas combinaciones pudiesen tener buen resultado, era preciso que no faltase el tiempo para desarrollarlas, y al prescribirme que empezase á operar el día mismo de mi salida de san Pietro L'Olmo, V. M. hacía mi tarea más difícil, porque la cabeza de la tercera división del primer cuerpo no pudo entrar en línea sino á las tres y media, á causa de lo embarazoso del camino por los convoyes de los cuerpos segundo y cuarto.

«Sin embargo, á las dos y media di orden al mariscal Mac-Mahon de marchar sobre san Juliano; allí no halló al enemigo, pasó el Lombró á yado, aunque estaba indicado un puente en el mapa en Carpianello, y continuó su movimiento sobre Mediglia.

«A las cinco y media, la tercera división del

primer cuerpo llegó á unos 1,200 metros de Malegnano, ocupado por el enemigo, que había levantado una barricada á unos 500 metros de distancia en el camino, y había establecido baterías á la entrada misma de la ciudad, detrás de una cortadura, á la altura de las primeras casas. Mandé al general Bazaine que dispusiese su división para el ataque, pusimos delante un batallón de zuavos, y en los flancos otro de fusileros.

«El enemigo nos acogió con un cañoneo que podía ser peligroso, porque sus balas enfilaban el camino por donde debíamos marchar en columna. Nuestra artillería respondió con éxito á la de los austriacos, y el general Forgeot con dos baterías y los fusileros de la primera división en Mezzano, apoyó en nuestra derecha el ataque que íbamos á hacer. Hice poner los sacos en tierra, y lanzar á paso de carga la batería enemiga con el segundo batallón de zuavos, seguido de toda la primera brigada.

«Los austriacos habían guarnecido con una nube de tiradores las primeras casas de la ciudad y el cementerio, y sin embargo, no pudieron resistir al impulso de nuestro ataque; batieron en retirada á derecha é izquierda, hicieron una resistencia vigorosa en las calles, en el castillo, tras las empalizadas y los muros de los jardines, y fueron completamente arrojados de la ciudad á las nueve de la noche.

«La segunda división, á su llegada cerca de Malegnano, tomó por el costado izquierdo de la tercera, siguió el río é hizo prisioneros ó dió muerte á los enemigos que ya habíamos arrojado de lo alto de la ciudad y los arrabales. El mariscal Mac-Mahon cañoneó á los austriacos hasta la carretera de Lodi, con motivo de haber acudido á Cologno atraído por el ruido del combate. La resistencia del enemigo ha sido vigorosa. Diferentes veces se ha peleado á la bayoneta.

«En una de las acometidas de los austriacos se vió por un instante en peligro la enseña del 33.º, que fué valerosamente defendida. Las pérdidas del enemigo son considerables: las calles y las inmediaciones de la población estaban llenas de muertos: 1,200 heridos austriacos han sido conducidos á nuestras ambulancias. Hemos hecho de 800 á 900 prisioneros y nos hemos apoderado de un cañón. Nuestras pérdidas ascienden á 943 hombres muertos ó heridos; pero como sucede en todos los encuentros, los oficiales han sido heridos en mayor proporción: el general Bazaine y el general Goze han recibido contusiones; el coronel del primero de zuavos ha sido muerto; el coronel y el teniente coronel del 33.º han sido heridos, habiendo un total de 13 oficiales muertos y 56 heridos.

«Tengo la honra de enviar al emperador con el estado de estas pérdidas las propuestas hechas por los generales de división, y aprobadas por mí, rogándole que mire y trate al primer cuerpo con su habitual benevolencia.

«Le recomiendo particularmente al coronel Anselme, mi jefe de estado mayor, propuesto para general de brigada; al comandante Foy, cuyo caballo ha sido herido, y que va propuesto para teniente coronel; al comandante Melin, propuesto para oficial de la Legion de honor; al capitán Rambanel, cuyo ascenso he pedido ya, y á monsieur Franchelli, sargento del primero de cazadores de Africa, mi abanderado, que á mi lado ha sido herido.»

El *Boletín oficial* de Turin da el día 19 los siguientes pormenores sobre el combate de Castenedolo, en que, según las noticias venidas por Alemania, fué derrotado Garibaldi.

«El general Garibaldi, dice, que deseaba establecer un puente sobre el Chiese, para comunicarse con Brescia, había colocado parte de sus tropas en Bezzati y Tre Ponti, con objeto de hacer frente á las avanzadas austriacas que llegaban hasta allí. Algunas compañías de cazadores de los Alpes atacaron á los enemigos que se retiraron, siendo perseguidos hasta cerca de Castenedolo, donde el grueso de las fuerzas austriacas trató de envolver á los cazadores. Estos se retiraron entonces rápidamente, y Garibaldi que acudió á su socorro, volvió á colocar sus tropas

en sus primitivas posiciones, después de causar grandes pérdidas al enemigo. Los cazadores de los Alpes tuvieron cien muertos y heridos.

«El rey Victor Manuel ha mandado á la cuarta división del ejército sardo tomar posición. El general Cialdini ha ido con parte de su división á Rezzati, con objeto de apoyar á Garibaldi. Los austriacos se han retirado á Castenedolo, volando el puente del Chiese cerca de Montechiari.»

#### EL GENERAL CLER.

El general Juan José Gustavo Cler, que acaba de sucumbir en la batalla de Magenta, había nacido en Salins el 2 de diciembre de 1814. Alumno de la escuela de Saint-Cir el 20 de noviembre de 1832; subteniente del regimiento de infantería ligera, número 21, el 20 de abril de 1835, y teniente el 27 de abril de 1838, fué llamado en 1839 por el *Diario Militar oficial* de orden del ministro de la Guerra, por un proyecto de fortificación pasajero que había redactado. Capitan el 18 de abril de 1841, pasó en el mes de noviembre siguiente al segundo batallón de infantería ligera de Africa: hizo las campañas de 1842 á 1846, distinguiéndose en numerosas acciones; en seguida de las cuales frecuentemente figuraba su nombre en la orden del día del ejército, viniendo á ser sucesivamente el 27 de abril de 1846 mayor del sesto de ligeros; el 10 de diciembre de 1849, caballero de la Legion de honor; el 9 de enero de 1852, teniente coronel del 21 de línea, y el 17 de febrero siguiente, del segundo regimiento de zuavos; finalmente, el 10 de agosto de 1853, coronel de este regimiento. Después del sitio de Laghouat, obtuvo en 22 de diciembre de 1852 la cruz de oficial de la Legion de honor.

A la cabeza de este bravo regimiento el coronel Cler hizo la campaña de Crimea, y tomó una parte gloriosa en las batallas de Alma, Balaklava, Inkerman y bajo los muros de Sebastopol. Su brillante conducta en la acción que tuvo lugar en la noche del 24 al 25 de febrero de 1855, le valió el grado de general de brigada, al cual fué promovido el 5 de marzo.

Caballero de la orden del Baño, comendador de las de san Mauricio y san Lázaro de Cerdeña, comendador de la Legion de honor el 8 de octubre de 1857; el general Cler había sido llamado el 26 de setiembre de 1855 al mando de la segunda brigada de la segunda división de infantería de la Guardia imperial. En el ejército de Italia mandaba la primera brigada de la primera división de infantería de la Guardia, colocada bajo las órdenes del general de división Mellinet, y su brigada se componía del regimiento de zuavos y del primer regimiento de granaderos.

El ejército ha perdido en el general Cler uno de los oficiales generales más jóvenes y distinguidos.

#### ANÉCDOTAS DE LA GUERRA DE ITALIA.

Un voluntario bersagliero (cazador piamontés) luchaba encarnizadamente en la batalla de Palestro contra un soldado austriaco; se acercaba la noche, cuya oscuridad se aumentaba con la sombra proyectada por un grupo de árboles que estaban inmediatos. En el momento en que el cazador, estendiendo sus brazos, iba á dar un bayonetazo á su enemigo, este arroja el fusil y se rinde. No es posible expresar por escrito la alegría y la admiración que se apoderó de estos dos hombres así que se hablaron; eran dos hermanos los que habían luchado para matarse. El bersagliero se había enganchado voluntariamente en el ejército sardo, y su hermano había sido alistado forzosamente en las filas austriacas.

Entre los heridos aliados que han sido conducidos á Vercelli, se encuentra una cantinera que recibió un balazo en el muslo en el combate de Tiburgo.

Habiendo visto caer á su alrededor á muchos

valientes soldados, tomó un fusil y acometió á los austriacos á la bayoneta. Ha sido puesta en conocimiento del emperador la acción ejecutada por esta mujer, que aun es jóven.

Al decirle que era preciso hacer la amputación, «no la tomo, contestó; pero me opongo porque no podré seguir á mi regimiento.» Hoy se presenta bien la curación de la herida, y según todas las apariencias podrá continuar la campaña dentro de algunas semanas.

Un soldado, natural de Delettes (Paso de Calais), ha sido condecorado en la batalla de Magenta, por haber salvado la vida de su capitán. Este soldado, herido en la refriega, cayó con su fusil cargado todavía. No lejos de él el capitán de su compañía se defendía con mucho trabajo de los bayonetas que le daba un granadero austriaco.

Levantándose penosamente, el herido dirigió su arma contra el austriaco, hizo fuego y le dejó muerto en el sitio. El mismo volvió á caer agotadas sus fuerzas en esta última tentativa. De resultas de este hecho ha recibido la cruz.

Entre los soldados de Magenta se halla un español, aragonés, que en el año de 51 era sargento de uno de los batallones que, con destino á Ultramar, se hallaban en la ciudadela de Barcelona la noche en que hubo aquella sublevación sobre la rebaja de los años de servicio, y que obligó al general Concha á tomar serias medidas para apaciguarla. Desertó entonces á Francia, se incorporó en la legión extranjera, ha hecho la guerra de Crimea, y ahora se halla deseando ardentemente poder volver á España, aunque sea á servir como soldado raso.

Un periódico italiano publica el siguiente anagrama:

«Como un asunto de actualidad publicamos este anagrama cabalístico, que en un rato de buen humor de café han sacado de la data del año 1839, sumando las cifras aisladamente, de este modo:

1  
8  
5  
9  
—  
23

Y poniendo en letra la espresion numérica, hacen *veintitres*, que en italiano *ventitre*, forman la frase:

Victorio  
Manuele  
Napoleone  
Tercero  
Italia  
Toda  
Redimirán  
Eternamente.

Que en versión castellana, dice: Victor—Manuel—Napoleón—Tercero—Italia—Toda—Redimirán—Eternamente.

Este anagrama nos recuerda otro de un pintor italiano que puso sobre el retrato de Napoleon lo siguiente:

INRI.

Napoleon preguntó al artista por qué colocaba sobre su cabeza la misma inscripción que á Jesucristo, y el pintor se la tradujo en estos términos:

Imperator  
Napoleo  
Mex  
Italia.

El Emperador Napoleon Rey de Italia.

Al día siguiente del combate de Montebello, los austriacos insultaron á un labrador de una aldea llamada Casatizza, porque no les habia dicho

que los franceses estaban en Montebello; y despues fusilaron al padre y los hijos, de los cuales el mayor tenia trece años.

M. GARCÍA GONZALEZ.

SECCION RELIGIOSA.

— SAN PEDRO.—LA IGLESIA.—

EL PONTIFICADO.

El imperio romano habia llegado al apogeo de su poder. Como un vasto coloso estendió sus inmensos brazos del Danubio al monte Atlas, del Occéano al Eufraes. Roma habia terminado una mision que le impusiera la Providencia.

Era preciso que hicie e de todas aquellas naciones, hostiles unas á otras, un solo pueblo, con unas mismas leyes y una misma civilizaci6n. Sociedad uniforme, sobre la que fué á extenderse el cristianismo, Roma fué el pueblo de la unidad política.

Roma no pudo nunca completar la unidad religiosa. Esa mision estaba reservada á otro pueblo, un pueblo oscuro que se conservaba, contra todas las probabilidades humanas, en medio de las mas extraordinarias circunstancias, hasta que, según la célebre profecia de Jacob, *viniese el que debia ser enviado*. ¡Ese pequeño rincón de la tierra, pobre, infecundo, batido por todo el viento de las miserias humanas, se llamaba la Judea, provincia romana desde la conquista de Pompeyo! A ella encargó la Providencia el estender la unidad religiosa que negara á la poderosa Roma. Esta, al cumplir la terrible mision de someter á su freno todos los pueblos del mundo, esponia á sus dioses, por la fuerza de las cosas, á medirse á cada instante contra los dioses de los pueblos vecinos. Se esponia ella misma á ver sus mas fuertes y atrevidas resoluciones amenazadas en su éxito por el sentimiento mas enérgico que existe en el corazón del hombre, el sentimiento religioso. Roma no titubea en transigir con los dioses extranjeros; los aceptó, los toleró todos. ¿Cómo les hubiera aceptado ó tolerado tan fácilmente si hubiese llevado en el fondo de su alma una fé viva, una fé ardiente en cualquier doctrina, en cualquier enseñanza sacerdotal?....

Roma no concibió jamás el principio religioso en su sentido moral. Su estado primitivo debia traer el politeísmo. Su politeísmo y su ambición debian traer una tolerancia universal, y con ella una negación absoluta de to lo principio religioso, de toda vida espiritual, de toda vida realmente social.

Esta confusi6n de ideas, este sistema de escepticismo, se reasume en Ciceron, que fué uno de sus mas brillantes representantes.

Mientras Roma y el mundo reposan bajo el imperio de Augusto en una comun esclavitud; lejos, muy lejos de Roma, en un oscuro pueblo de la Judea, en Belén, nació el Salvador del género humano.

Hubo en toda la tierra como un gran silencio para oír la voz que iba á resonar en el Calvario, y que debia dar á los hombres la paz moral y una nueva civilizaci6n.

Nace Jesucristo, es verdad, en un pesebre, en un establo; pero tiene por testigo el gran siglo de Augusto, el mas bello de todos los siglos, despues del de Pericles.

Nuevos Orfeos, Virgilio, Horacio, Ovidio, Tibulo, Fedro y otros muchos, dulcifican la ferocidad del tirano, y la grandeza romana se levanta como Tébas á los acentos de sus poéticas liras.

Roma se embellece bajo el dominio de Augusto, y despues de cuarenta y cuatro años de gobierno, deja el dominio del mundo á su hijo adoptivo Tiberio, el año catorce del nacimiento de Jesucristo.

Los romanos, señores del mundo, fueron la posesi6n tranquila, los esclavos y victimas de emperadores miserables, incapaces de haber des- empeñado el mas vil empleo de un estado. Tal fué sin exageraci6n Tiberio, que comienza al

principio á gobernar con el mismo celo y con el mismo éxito que Augusto; pero que despues se abandona á la mas caprichosa tiranía y crueldad, bajo la influencia de su ministro Sejano.

Todo lo grande por sus talentos, por sus virtudes; todo lo que podia inquietar al emperador, todo lo que no obedecía silenciosamente, fué proscrito, y la ley terrible *De Majestate* hizo que un sombrío terror pesase sobre el imperio.

Tiberio abandonó á Roma (año 26 de Jesucristo) para ocultar á los romanos el espectáculo de su vejez y de sus vergenzosos desórdenes.

Encerrado en la isla de Caprea, vive en medio de los placeres libremente, gobernando por cartas el mundo, que diezma cada día su furor, y que no osa, ni aun en secreto, formar el deseo de un libertador.

¡Tal era la servidumbre de Roma y del mundo, que esos insoletos mensajes de un viejo corrompido eran recibidos con veneraci6n y cumplidos con sumisa docilidad!....

Con asombro del mundo, con estupor de las poblaciones todas, á los ojos mismos de los ministros del César de Caprea, aparece Cristo, que habia nacido de una Virgen, en un establo, en el tiempo de Augusto, y que no habia escapado á la proscripci6n de Herodes el infanticida, sino por la huida de su madre á Egipto.

Cristo proclama en los pueblos, en las calles de Jerusalem, que todos los hombres eran hermanos; que la caridad era el vínculo del cielo con la tierra; que era preciso perdonar á sus enemigos, abandonar la ley antigua por la nueva, pagar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. ¡Que los ricos eran duros y avaros, y que de los pobres seria el reino de los cielos! Para Jesucristo todos los hombres y todas las familias de la tierra no son mas que una sola y única familia.

¡Jamás el mundo habia oido proclamar una doctrina mas general ni mas consoladora: el alma era igual al alma; el hombre era igual al hombre, y los ecos de la Palestina estendiéron en el universo entero este grito santo de libertad, de igualdad y de emancipaci6n!.... Sus virtudes, sus actos prueban aun mejor que sus palabras la divinidad de su mision, y predicán elocuentemente tan divina doctrina.

Los mas adelantados legisladores que pueda tener el mundo, no podrán nunca escribir en sus códigos nada mas liberal y favorable á los pueblos que lo que Cristo proclamó hace diez y nueve siglos.

Esta doctrina saludable que regeneraba las naciones, fué el principio de un nuevo culto. Doce pobres pescadores, discípulos de Cristo, fueron llamados al apostolado, y reciben la mision de someter el mundo entero sin mas arma que su palabra.

Un día en que el Bautista vió llegarse á él á Jesucristo:

«¡Hé ahí el cordero de Dios, exclamó!»

Habiéndole oido hablar así, dos discípulos de Juan siguieron á Jesus y permanecieron con él todo aquel día. Andrés, hermano de Simon Pedro, era uno de aquellos dos, y habiendo encontrado á Simon, le dijo:—«Hemos hallado al Mesias,» y le llevó á donde se hallaba Jesus. Jesus, habiendo fijado sus miradas sobre Simon, le dijo:—«Tú eres Simon, hijo de Jonás; serás llamado *Cephas*, lo que quiere decir piedra, roca incontrastable.» Despues le dejó que se volviese á sus redes.

Hacia el fin de aquel mismo año, caminando Jesus á lo largo del mar de Galilea, vió á Simon y Andrés ocupados en pescar, y les dijo:—«Seguime, yo os haré pescadores de hombres.»

Inmediatamente abandonaron sus redes y le siguieron.

Mas lejos vió Jesus á otros dos hermanos en una barca, Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que estaban componiendo sus redes, y los llamó. Siguiéronle tambien sin vacilar, y Jesus se fué con ellos á Cafarnaum, á casa de Simon y de Andrés. La suegra de Simon se hallaba en cama con calentura; Jesus se acercó á ella, la tocó é inmediatamente recobró la salud.

Al día siguiente Jesus fué á los pueblos y al-

deas de alrededor, y recorrió la Galilea, enseñando en las sinagogas, y curando en el pueblo todas las enfermedades.

La fama de aquellos prodigios se extendió por toda la Siria, y de todos los países corrían en tropel para verle y oírle.

Hallándose cerca del lago de *Jenesareth* vió dos barcas de las que una pertenecía á Simon. Subió á aquella barca, se sentó en ella, y mandó á Pedro que le llevase á alguna distancia de tierra. Desde allí enseñó á la muchedumbre. Cuando hubo dejado de hablar, dijo á Simon:—«Adelantate, en plena agua, y echa tus redes para pescar.»

Simon le respondió:—«Maestro, hemos trabajado toda la noche sin coger nada; pero, pues lo mandas, echaré la red. Imitáronle sus compañeros, y cogieron una cantidad tan grande de peces, que llamaron á los que se hallaban en la otra barca para que viniesen á ayudarlos. Vinieron estos, y hubo pescando con que cargar las dos barcas, de modo que estuvieron á punto de sumergirse. Simon Pedro, testigo de aquel prodigio, se arrojó á los pies de Jesús, diciéndole:—«Señor, apartaos de mí, porque soy un hombre pecador.» Hallábase sobrecogido de terror como todos cuantos habían visto aquella pesca milagrosa. Pero Jesús dijo á Pedro:—«No temas; en lo sucesivo seréis pescadores de hombres.» Entonces volvieron sus barcas á tierra, lo abandonaron todo y le siguieron. Tal fué la vocación de Pedro y de Andrés, hijos de Jonás, y de Santiago y de Juan, hijos del Cebedeón. Desde aquel momento permanecieron inseparablemente unidos á Jesús que los eligió por sus apóstoles con otros ocho de sus discípulos. Pedro colocado en el primer lugar, fué siempre el objeto especial de la atención de su divino Maestro. A él le dijo:—«Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y te daré las llaves del Reino de los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, desatado será en los cielos.»

Estas palabras admirables eran una gran promesa, una gran predicción.

A Pedro y á los apóstoles comete Jesús la empresa de hacer abrazar al mundo una religión incomprendible en sus dogmas y severa en su moral.—Cristo da al mundo tres grandes pruebas de su divinidad: un hecho, un libro y una institución!

¡El hecho son sus milagros; el libro es el Evangelio; la institución es la Iglesia!

La Iglesia es, bajo una forma exterior y visible, la constitución viva del mundo de las inteligencias. Es el mundo de las almas en la tierra. Cristo establece su Iglesia, estableciendo en ella una jerarquía, fundando todo su edificio sobre Pedro, á quien constituyó cabeza de la Iglesia, al decirle:—«TÚ ERES PEDRO, Y SOBRE ESTA PIEDRA EDIFICARÉ MI IGLESIA.»

A pesar de los lictores de Tiberio, de los sacerdotes de Moisés, Jesús de Nazaret entra triunfante en Jerusalem, proclamado por el pueblo y por los centuriones mismos. Jamás presencié el mundo una escena mas imprevista y mas interesante que la muerte en una cruz del reciente triunfador; y esta muerte de que dió testimonio mismo la naturaleza, fué casi ignorada de Roma, que no percibía en su horizonte la venida de ese ley, de ese Evangelio que iba á cambiar el universo.

Algunas palabras del inmortal historiador Tácito hacen saber con indiferencia á sus contemporáneos, que en aquel tiempo un Nazareno fué condenado á muerte y ejecutado en Jerusalem por crimen de sedición.

En efecto, el Nazareno pereció crucificado; empero el instrumento de esta muerte infame se convirtió repentinamente en el faro á cuya luz debían reunirse todas las naciones, debiendo la cruz tener un día sus Césares, como el Capitolio, y ser la ciudad de Rómulo, el templo del novador que pereció en tiempo de Tiberio.

Afectado este emperador con los detalles que le dirigía Poncio Pilato, gobernador de Judea, de las virtudes y milagros de Jesús, hizo al Senado romano la proposición de colocar á Cristo en el

número de los dioses. ¡Idea singular en un hombre como Tiberio!... Los misterios de la Redención se habían cumplido; la promesa que Jesús había hecho á sus discípulos, se había realizado. El Espíritu Santo había venido sobre los apóstoles, y los discípulos se esparcen para predicar la nueva religión y combatir la depravación de las costumbres, los hábitos de antiguos principios, las preocupaciones del nacimiento y de la educación, la superstición de los pueblos, el orgullo de los filósofos, el poder de los emperadores, la crueldad y el furor de los verdugos, el crédito y los esfuerzos de los sacerdotes de los ídolos.

Para vencer tan grandes obstáculos no cuentan con medio humano alguno; son de un nacimiento oscuro, de un estado vil y grosero á los ojos de los hombres; pobres, rústicos, ignorantes, no tienen ni talento, ni riqueza, ni crédito, ni protección. ¿Qué ofrecieran ellos para convencer á los idolátras? ¿Cómo osarán hablar en las tribunas de Roma, de Atenas y de Corinto? ¿Cómo podran, sobre todo, convencer á los latinos, á los griegos, los que no conocen sino el idioma del país que les vió nacer? A todas estas preguntas no hay mas que una sola respuesta que dar: están animados por el Espíritu Santo; hablan por su boca, y obran por sus inspiraciones.—A ejemplo de Jesucristo, resucitan los muertos, dan vista á los ciegos, curan todas las enfermedades. Llega el momento en que deben terminar su apostolado, en que deben sellar con su sangre las augustas verdades de la religión que Jesucristo había enseñado sobre la tierra. Los verdugos se adelantan; todos los tormentos se agotan. El cristianismo va á revestir la ropa ensangrentada del martirio, hasta que libre por su sangre, fuerce á los Césares mismos á tomar por estandarte, por símbolo de su poder, la cruz del Mesías.

¡Tres siglos va á durar esta gran lucha del genio romano y del genio cristiano, y por tres siglos va á continuar el ejercicio extraordinario de esa violencia con que Roma desde su cuna había ensangrentado y esclavizado la tierra!

Sube al trono Neron, y el cristianismo que había seguido hasta entonces su marcha tranquila, dulce y progresiva, en Roma y en todas partes sufre la primera persecución de las diez que iban á pesar sobre él. Los cristianos en un principio forman una sola familia. Para hacer desaparecer entre ellos toda diferencia, para borrar la distinción entre el pobre y el rico, habían puesto todos sus bienes en común. Vendíanse todos los bienes, y se entregaba su producto á los apóstoles, que proveían á todas las necesidades, y distribuían el alimento á sus hermanos. Acrecentado rapidísimamente el mundo de los cristianos, no bastaron los apóstoles para desempeñar estas funciones, que los distraían de la predicación, que era la principal misión que habían recibido de Jesucristo. Los apóstoles viajan en la vasta extensión del imperio, y convierten una multitud de hombres de diversas naciones. Estableciendo en ellas sociedades cristianas, que, no teniendo ni templo, ni estatuas, ni santuarios, ni sacrificios de víctimas, sino el incremento del pan y del vino, parecían mas una secta filosófica que una nueva religión. Los romanos conservaron en un principio á los cristianos los privilegios concedidos á los judíos, de que aun no se distinguían. En Antioquia, donde primero había fijado su cátedra el primer pontífice de Cristo, Pedro, se verifica la escisión completa con el pueblo judío; y la toma de posesión del nombre de *cristianos*; nombre que creó para lo sucesivo una nación nueva sin patria, y la dispersión de sus conquistadores por todo el universo.

Los apóstoles eran pobres, despreciados por los judíos; menester fué que los cristianos viniesen á Roma á buscar al César, ya que el César no se ocupaba de los cristianos de Jerusalem y de Antioquia.

Desde el segundo año del reinado de Claudio, Pedro, pobre pescador de Galilea, había llegado de los lagos de Palestina, y entrado desconocido en Roma, con su baculo de peregrino: pobre baculo de palo, que debía trocarse en un cetro esplendente de oro, adorado por los reyes, y por las naciones en el porvenir, y que debía de ha-

cer mas por la civilización y la libertad del género humano, bajo las alas misteriosas de la paloma, que hicieron jamás los divinos emperadores bajo el triunfante vuelo de sus águilas. Roma, purificada por el cristianismo, debía ser, aun bajo los sucesores del pescador de Judea, la señora del universo. El venia á destruir los Césares, y derribar los ídolos, y crear un nuevo imperio que lleva diez y nueve siglos de duración, y que ha visto derrumbarse en torno suyo los reinos, las repúblicas, las dinastías. La fuerza de Jesucristo está con él. Un auxiliar poderoso entra con él en Roma, el elocuente apóstol de las naciones, Pablo, perseguidor antes de los cristianos, y que por una elección divina, después de la Ascension de Cristo, es agregado al colegio apostólico.

Neron se asusta y cree poder apagar en arroyos de sangre la nueva religión. Después de haber inútilmente apurado su rabia contra los numerosos prosélitos de Jesús Crucificado, cree poder cortar el mal en su raíz. Pedro y Pablo, reconocidos como los predicadores de aquellas peligrosas novedades, son condenados á muerte. Neron esclama:—«Pues que esos bárbaros (este es el nombre gracioso que los romanos daban á los extranjeros) predicán á un Dios Crucificado, que se les dé el mismo suplicio. Deben morir los discípulos como el Maestro.» La sentencia se ejecuta; Pedro es clavado en una cruz, empero cabeza á bajo, porque se cree indigno de morir en la misma postura que su Maestro. Pablo no sufre el suplicio de los esclavos, porque se ha reconocido que tenía el derecho de ciudadano romano. Fué llevado fuera de la ciudad y decapitado en el camino de Ostia.

El vicario de Jesucristo desaparece del mundo; un sucesor de Pedro, Lino, sube sobre su ensangrentado trono y cae por el martirio.—La jerarquía eclesiástica comienza. Lino sucede á Pedro, Clemente á Lino, y esta cadena de pontífices herederos de la autoridad apostólica no se interrumpe ni un instante durante diez y nueve siglos.

Doscientos cincuenta y nueve pontífices han ocupado la silla pontifical desde san Pedro hasta Pio IX: cinco sirios, catorce griegos, dos dalmatas, dos africanos, dos sardos, cinco sicilianos, un portugués, dos españoles (Calisto II y Alejandro VI, ambos valencianos), un holandés, un inglés, siete alemanes, trece franceses, ciento un romanos, y ciento tres italianos.

El pontificado ha sido principio de acción de vida y de unidad. El cristianismo no podría existir sin él. Si el cristianismo no fuese mas que una teoría, el cristianismo no sería nada. El cristianismo es una cosa real y permanente sobre la tierra por la autoridad que lo perpetúa, y el pontificado es el elemento visible de su existencia. Así es que donde quiera que se ha desconocido el pontificado, se ha desfigurado el cristianismo.

El pontificado no solamente ha conservado la Iglesia, sino que ha constituido los Estados Cristianos. El pontificado ha levantado al hombre de su estado de humillación exterior, así como el cristianismo lo había levantado de su decadencia moral. En tiempo de los emperadores romanos, reviste el manto de sangre y del martirio, y es el representante de la dignidad de los pueblos; sin mas fuerza que la oración y el sacrificio, conquista bien pronto la libertad del mundo. Colocado sobre el trono del mundo, en medio de los pueblos, por una donación política que consagra su existencia exterior, su acción se encuentra mezclada entre las naciones y los reyes. Todos acuden al pontificado como al origen supremo del poder, como á la sola regla soberana de la equidad.

Vemos en unos tiempos disponer al pontificado de las coronas; la razon de aquellos tiempos es las que les provocó al ejercicio de la monarquía suprema; no debe acusarse de esto al pontificado, no; los pueblos son los que acudían á él como el único consuelo que podían tener en tiempo del feudalismo.

Los papas protegen la Italia contra los emperadores de Alemania, después de haberla salvado de las manos de los bárbaros; así el poder eclesiástico constituido por Carlo-Magno, fué el baluarte de la libertad.

Las cruzadas, que emprenden los papas con una admirable prevision, detienen la barbarie musulmana y salvan al cristianismo en la Europa, levantando un muro impenetrable: gigantescas empresas, donde se quiebra la espada de Mahoma, se destruye el feudalismo y se prepara la civilizacion del mundo.

El pontificado constituye los reinos modernos, consagra las dinastias que reinan aun, y sobre las cuales Dios no ha pronunciado aun su última sentencia....

El pontificado contribuyó á mantener las luces que en los tiempos de la barbarie parecieron completamente estinguidas. Cuando la Europa se agitaba en medio del conflicto terrible de los reyes entre sí, de los reyes con el feudalismo, y del feudalismo con los pueblos, ¿cuál hubiera sido su suerte, si la sola autoridad reconocida entonces no hubiera tomado con mano fuerte las riendas de la civilizacion? No las tomó, no, para usurpar; sino como el marinero que en la confusion de una tempestad se apodera del timon para conducir á puerto el bajel, ó como el soldado que en medio de una batalla y falto de jefes, se apodera del mando y salva al ejército.

Jesucristo edificó su Iglesia sobre Pedro, y prometió que las puertas del infierno no prevalecerian jamás contra ellas. Hemos atravesado el discurso de diez y nueve siglos; hemos contemplado grandes y terribles vicisitudes, y hemos visto comprobada esta eterna verdad. Desde los tiempos mas remotos hasta los que hemos presenciado en nuestros dias; en medio de los tronos que vacilan al viento terrible de las revoluciones, el pontificado permanece siempre fuerte hoy, como lo era hace diez y ocho siglos.

El anciano que lo posee, no tiene ni tropas que puedan imponer su voluntad, ni oro que pueda comprar el voto de sus enemigos; y sin embargo, habla siempre sin temor, y millones de voluntades aguardan su decision para recogerla con amor para someterse á ella con obediencia.

Hombres que nunca lo han visto, que jamás lo verán, que no hablan su idioma, que habitan bajo otro cielo, allende los mares, en las estremidades de la tierra, acatan su ley, que ninguna fuerza material les impone. Podrá algun dia faltarle todo apoyo humano; podrán arrancar esa corona que Carlo-Magno puso sobre la frente del pontificado: los hombres pueden hacer todo eso, y han intentado hacerlo; pero no podrán arrancarle la corona espiritual que Jesucristo ha colocado sobre su frente. Se ha visto á los pontífices arrojados en diversas épocas de Roma, y hemos presenciado dos veces esta catastrofe en nuestro siglo; empero el pontificado no perezca por eso; porque este rey que no tiene posteridad, á quien algunos sacerdotes pueden elegir en cualquier parte del globo; desde allí ejercerá su dominio con la misma plenitud; con la misma fuerza, que si lo ejerciese en Roma; y ningun mortal puede quebrar esa sede espiritual en que Jesucristo lo ha sentado, y que la fé misma eleva sobre todas las conciencias cristianas, y que ni un momento se ha interrumpido, desde Pedro el pescador hasta Pio IX!!!

EL CONDE DE FABRAQUER.

## SECCION CIENTIFICA.

### LECTURAS CIENTIFICO-INDUSTRIALES.

Del trabajo de las fuerzas y de las condiciones que concurren á su produccion.—Diferentes clases de trabajo; elementos que en las mismas toman parte.—Observaciones respecto á la industria de los transportes.—Unidad de medida para apreciar el trabajo mecánico; su valor y denominaciones.—Freno dinamométrico.—Trabajo motor y resistente: condiciones de su equilibrio respecto al movimiento de las máquinas.—Imposibilidad del movimiento continuo.—Punto de vista bajo el cual puede estudiarse la aplicacion de las máquinas.—Principio que rige en todos los trabajos industriales.

Se denomina *trabajo de una fuerza*, el efecto mecánico ó industrial que origina: á su creacion concurren indispensablemente dos elementos: uno de ellos es el *esfuerzo* para vencer las resisten-

cias útiles, cuya constante destruccion ocasiona el trabajo industrial, así como las resistencias pasivas que crea el empleo de las máquinas ó aparatos; siendo el segundo elemento, la existencia de un *camino recorrido* por el útil ó operador que efectúa el trabajo al cual se destina la máquina, venciendo la suma de las dos clases de resistencias á que acabamos de referirnos. La union de un esfuerzo desarrollado, con cierto camino recorrido, durante la existencia de aquel, son, pues, las dos condiciones que crean los trabajos industriales. El esfuerzo de traccion, por ejemplo, que comunica un motor á un arado al abrir los surcos, nos ofrece un trabajo industrial, cuyos elementos son: la fuerza de traccion desarrollada por el motor y el camino recorrido por el instrumento al trazar un surco sobre el terreno, durante el cual no ha dejado de actuar el esfuerzo motor. Si este, al ejercer su accion sobre el aparato agrícola, no puede vencer la resistencia útil que le opone el terreno, ni las resistencias pasivas ocasionadas por el empleo de aquel, si bien se desarrolla un esfuerzo mas ó menos considerable, mientras no se origina ningun movimiento, ó exista un camino recorrido, no se habrá desarrollado ningun trabajo mecánico ó industrial, porque la accion de la fuerza aplicada al arado, se ha consumido inútilmente en un trabajo molecular, puesto que no ha existido desplazamiento visible sobre la resistencia útil que intentábamos vencer. Estas consideraciones, que podemos aplicar á cualquier género de trabajo que estudiemos, nos obligan, en vista de su importancia, á consignar nuevamente, que todo trabajo industrial debe su existencia al concurso de dos elementos, que son: un esfuerzo desarrollado durante cierto camino, recorrido en virtud de la intensidad de aquel.

A mas del trabajo mecánico ó industrial de que venimos tratando, existen otros de una indole particular, y á cuya creacion concurren diferentes elementos, como son en ciertos casos, la habilidad práctica ó la educacion artistica; tal cual acontece, por ejemplo, en las faenas del cincelador y del tallista; y en otras circunstancias, la combinacion de mecanismos ingeniosos que suplen con su accion inteligente la del hombre, cual vemos, por ejemplo, con las máquinas para coser, con los telares para bordar, para fabricar medias, etc., etc. Es indudable que en estos trabajos concurre como uno de sus principales elementos el arte y la inteligencia, y por lo mismo no pueden valorarse de una manera absoluta por el empleo del cálculo, como se efectúa respecto á los diferentes trabajos industriales de que vamos á tratar, y que pertenecen á la clasificacion que nos ha ocupado al principio de este artículo.

Al evaluar el trabajo que desarrollan las fuerzas aplicadas á la industria de los transportes, tanto al efectuarse estos en los caminos ordinarios, como en los de hierro; en la sirga de los buques, como en los demas sistemas, es preciso no poner en olvido que el trabajo que se desarrolla, difiere notablemente para un peso dado y para un mismo camino recorrido, segun sea la naturaleza del vehiculo y de la via por la cual circula, como así mismo, respecto á las inclinaciones ó pendientes de esta, y á otros varios accidentes de ella. Por consiguiente, para apreciar con completa exactitud la intensidad de la fuerza, en los casos que consideramos, es preciso interponer un *dinamómetro* entre el motor que ejerce el esfuerzo de traccion y el aparato al cual se aplica. De aqui deducimos, que el trabajo que se desarrolla en los transportes horizontales, no puede medirse por el producto del peso y del camino recorrido, porque el consumo del trabajo depende mas del sistema que se emplea para efectuar el transporte, que del peso arrastrado y del camino recorrido. Unicamente podremos admitir esta evaluacion, cuando comparemos resultados que se refieran á servicios y sistemas de transportes de una misma clase.

Para medir ó apreciar los trabajos mecánicos que originan las fuerzas, es preciso compararlas mecánicamente á una cantidad aceptada como unidad, que debe ser el producto de la unidad de peso, por la unidad de camino, constituyendo así

la unidad *kilogramétrica* ó *dinámica*, representada por un kilogramo elevado á un metro; ó el esfuerzo cuya intensidad es un kilogramo, ejercido durante un camino, cuya longitud sea un metro. El kilogrametro es una unidad de escasa importancia para apreciar un trabajo de consideracion y que se desarrolla de una manera continua: para valorar estos, se emplea otra unidad; que, aunque impropriamente, se denomina *caballo de vapor*, cuyo valor corresponde á un trabajo de 75 kilogrametros por segundo, denominado por algunos autores tambien *caballo dinámico*. Al manifestar, por ejemplo, que las fuerzas que actúan sobre una máquina, desarrollan un trabajo de cuatro ó de cinco caballos de vapor, debe entenderse que es capaz por segundo de elevar cuatro ó cinco veces 75 kilogramos á un metro de altura. Un trabajo mecánico espresado en kilogrametros, se reduce á caballos de vapor, dividiéndolo por 75, si el número de kilogrametros se refiere á un segundo; y por 4,500, si aquel se contrae á un minuto. El trabajo que representa un caballo de vapor, no guarda ninguna relacion directa con el que desarrollan realmente los caballos que actúan en las máquinas, el cual por término medio es de 40 á 45 kilogrametros por segundo.

Para medir en la práctica la cantidad de trabajo mecánico que originan las fuerzas de una manera continua, se emplean ciertos aparatos denominados *frenos dinamométricos*, los cuales se aplican á los ejes sobre los que se trasmite, desde luego, la accion de las fuerzas que quieren medirse, tales como los árboles de una máquina de vapor, de una rueda hidráulica, etc., etc. El principio sobre el cual reposa la aplicacion de los aparatos que nos ocupan, es el de crear una resistencia artificial, cuya intensidad puede variar segun se desee, resistencia que apreciada directamente y multiplicada por la velocidad á la cual actúa la máquina que se ensaya, nos ofrece el esfuerzo y el camino, ó sean los dos elementos constitutivos del trabajo que se avalora.

El trabajo desarrollado por una fuerza motriz se denomina *trabajo motor*, y *trabajo resistente*, el que origina una fuerza resistente.

Al equilibrarse dos fuerzas en una máquina en movimiento, el trabajo motor producido durante un tiempo cualquiera, es igual al trabajo resistente originado durante el mismo tiempo. La fuerza motriz debe equilibrar á la suma de todas las fuerzas resistentes, en el caso que sean muchas las de esta clase que se opongan al trabajo de la máquina que se considere. En el caso de ser varias las fuerzas motoras y numerosas igualmente las resistentes, deben neutralizarse mutuamente; pues de no suceder así, y de existir un exceso, tanto respecto á las fuerzas resistentes, como á las motoras, el movimiento de la máquina perdería su uniformidad surgiendo retardos y aceleraciones producidos por la falta de equilibrio entre el trabajo motor y el resistente. Así, pues, al encontrarse una máquina en movimiento uniforme, el trabajo motor total, durante un intervalo de tiempo cualquiera, debe ser igual al trabajo total resistente durante dicho intervalo. De estas consideraciones deducimos igualmente, que en los movimientos que no son uniformes, el trabajo de las fuerzas que originan sus variaciones deja de neutralizarse mutuamente. Por lo tanto cuando se acelera el movimiento, es evidente que existe un exceso de las fuerzas motoras sobre las resistentes, dividiéndose aquellas en dos fracciones: una que equilibra el trabajo de las fuerzas resistentes, y de otra que origina las alteraciones; pues á no existir esta última, el movimiento sería uniforme: esta fraccion mide, pues, la diferencia que existe entre los trabajos totales motores, y los resistentes.

Ya hemos manifestado que el trabajo motor debe ser superior á la suma de los trabajos resistentes que ocasionan las resistencias útiles y pasivas; y como el trabajo de estas últimas no puede anularse en el terreno práctico, jamás el trabajo útil puede ser igual al trabajo motor, y si solo una fraccion de este. Así, por ejemplo, al actuar las fuerzas motoras sobre las máquinas, nunca es su efecto útil, ni puede ser igual al efecto absoluto de las fuerzas motoras, porque

aquellas solo utilizan una parte del trabajo absoluto de estas, parte que procura aumentar en cuanto es posible el estudio y aplicacion de los principios mecánicos que venimos esponiendo.

Los razonamientos que anteceden, ponen de manifiesto la evidente imposibilidad que existe para alcanzar la realizacion de las investigaciones, de los que faltos de raciocinio y desnudos de todo estudio mecánico, se emplean lastimosamente en descubrir el movimiento continuo; es decir, en combinar una máquina que funcione sin recurrir á ningun agente; que produzca un trabajo útil, sin necesidad de procurarse constantemente la accion de un motor; una máquina que por si misma produzca su esfuerzo motor, pretensiones todas imposibles que la ciencia condena y que el raciocinio tampoco admite, segun se desprende de los principios que hemos asentado, y de los que se han espuesto en varias de nuestras *Lecturas*.

Hemos dicho repetidas veces, que todo trabajo mecánico reconoce por elementos un esfuerzo y un camino recorrido, ó sea la velocidad originada por la fuerza que se considere, bien sea motora ó resistente; por lo tanto, modificando los dos elementos á los cuales nos referimos, con una fuerza motora dada, podremos desarrollar un trabajo mas ó menos considerable, segun la relacion que medie entre las velocidades ó los caminos que recorren la potencia y la resistencia. Supongamos como ejemplo, que se desee llevar un peso de 600 kilogramos por el empleo de una máquina á la cual tan solo podemos aplicar un esfuerzo de 100 kilogramos. Puesto que conocemos las intensidades respectivas de la potencia y de la resistencia, resolverémos el problema propuesto, combinando la máquina de manera, que las velocidades ó los caminos que recorra la potencia, sean seis veces mayores que la velocidad de la resistencia, para que multiplicada la potencia por su velocidad, nos ofrezca un producto igual al de la resistencia multiplicada por la suya. Es decir, que los esfuerzos de la potencia y de la resistencia deben desarrollarse, recorrer caminos, ó poseer velocidades, que estén en razon inversa de sus intensidades respectivas. Segun este principio, si en el ejemplo que hemos propuesto, quisiéramos elevar el peso de 600 kilogramos por el empleo de una fuerza motora, cuya intensidad sea de 50 kilogramos, podrémos obtener este resultado siempre que cuente la potencia una velocidad doce veces mayor que la de la resistencia, porque representando por la unidad el camino que esta recorre, los productos de la fuerza motora y de la resistente por sus velocidades respectivas, nos ofrecen un resultado igual.

Vemos, por lo tanto, que en todos los trabajos industriales, cualquiera que sea la máquina que empleemos para efectuarlos, domina el principio cierto y evidente, que jamás debe ponerse en olvido, de que se pierde en velocidad lo que se gana en esfuerzo, disminuyendo este al contrario, cuando aquella aumenta. Por consiguiente, las máquinas sirven para apropiarse los trabajos, modificando sus elementos constitutivos de esfuerzo y velocidad, ó bien para hacer posible la solucion de un problema, segun datos anteriormente fijados y que reposan sobre las condiciones que entraña el principio que antes hemos formulado. Las máquinas, pues, no crean ni pueden crear aumentos de fuerza; pero en cambio facilita su empleo el desarrollo de un trabajo dado, sin que jamás pueda lograrse que el trabajo de las resistencias deje de ser igual cuando menos al que crean las fuerzas motoras. En una palabra: que no es posible obtener con un trabajo dado, cualquiera que sea la máquina á que se recurra, un trabajo superior al que se haya desarrollado como motor.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

Otra nueva y trascendental victoria acaban de alcanzar en las márgenes del Mincio, es decir,

ya en la primera línea del cuadrilátero, los ejércitos aliados. El parte oficial dirigido por el Emperador de los franceses á la emperatriz, y fechado el 23, nos da cuenta de las ventajas alcanzadas en Cabriana sobre los austriacos, mandadas por el emperador Francisco José. El ataque fué provocado por estos, habiendo pasado al efecto el Mincio por cuatro puntos; pero la suerte de las armas no les fué favorable, habiéndose visto precisados á repasar el rio en derrota por todas partes. Luis Napoleon atribuye á esta batalla y á este triunfo mas importancia que al combate de Magenta, que, no obstante, fué tan terrible y sangriento. Aunque no se han recibido partes detalladas de la batalla de Cabriana, las ventajas de que, al escribir estas líneas, se tiene conocimiento en Madrid, son, además de haber sido arrojados los austriacos al otro lado del rio, la pérdida por parte de estos, de treinta cañones y mas de seis mil prisioneros.

Para que nuestros lectores puedan formar una idea de lo gigantesco de esta accion, les diremos que la línea de batalla ocupaba un espacio de cinco leguas, habiendo durado la pelea desde las cuatro de la mañana hasta las ocho de la noche. Una de las circunstancias que con mas satisfaccion consigna Luis Napoleon en su segundo parte á la emperatriz, es la de haber dormido la noche del 24 en el mismo aposento ocupado por la mañana por el emperador austriaco.

Esta nueva derrota del Austria debe contribuir no poco á facilitar las operaciones de los ejércitos francés y sardo contra alguna de las plazas del cuadrilátero, que, atendida su avanzada posicion, es de creer que la que primero embistan sea Peschiera. Tendrémos á nuestros lectores al corriente de todos los pormenores de este nuevo formidable choque.

M. M. FLAMANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

Por real decreto publicado en la *Gaceta* del dia 20 de junio se ha autorizado al ministro de Fomento para abrir una negociacion de acciones de la nueva emision autorizada por la ley de 5 del actual, con objeto de proporcionarse la suma efectiva de 16 millones de reales con destino á las obras del canal de Isabel II.

—El mismo número contiene una real orden, declarando, de acuerdo con lo informado por el Consejo de Estado, la concesion hecha á perpetuidad del ferro-carril de san Miguel al Balga (Cuba).

—De real orden ha sido aprobado el proyecto de camino de Sagua la Grande á la Habana, y la adquisicion y establecimiento de cuatro boyas de amarra frente al muelle de Paula en el puerto de la Habana.

—Tambien han sido aprobados los proyectos de compra de una draga de vapor para la limpia del puerto de dicha ciudad, y los formados para la construccion de un puente y un ponton en la carretera comprendida entre Monte Sano y Macuriges, en el departamento oriental de la isla de Cuba.

—Ha sido autorizado D. Carlos Gazolo para verificar los estudios de un ferro-carril, que partiendo del muelle de Bonanza, en Sanlúcar de Barrameda, termine en el punto mas conveniente de la línea de Sevilla á Cádiz.

—La *Gaceta* del 18 de junio publicó, sancionada por S. M., la ley votada en Cortes, por la cual se aumenta en seis millones de reales el anticipo reintegrable de diez millones y medio concedido á la empresa del canal de Urgel por la ley de 25 de abril de 1856.

—Se ha publicado en el periódico oficial del dia 19 la relacion de los jefes, oficiales é individuos del ejército á quienes S. M. se ha dignado conceder gracias en recompensa del mérito que contrajeron en las operaciones de Turane y Saigon para destruir algunos fuertes á los Cochinchinos.

—En el periódico oficial del dia 22 se ha pu-

blicado la ley que modifica los precios de peaje y trasporte para los ferro-carriles de Madrid á Alicante, Almansa y Toledo. Por dicha ley los viajeros en carruajes de primera clase pagarán por cabeza y kilómetro 41 céntimos; los de segunda, 31, y los de tercera, 18. Los pescados y comestibles trasportados con la misma velocidad pagarán 2 rs. por tonelada y kilómetro; las mercaderias de primera clase, un real y 30 céntimos; las de segunda, 84 céntimos; las de tercera, 63, y las de cuarta, 50. Las mercaderias conducidas al mismo tiempo que los viajeros pagarán doble.

—La direccion general de la Deuda pública amortizó, durante el mes de febrero de este año, 19,920 documentos por pago de débitos y por conversiones que representaban un total de 93.402,038 rs. vn. 71 cénts.

—El 15 del actual la caja general de Depósitos tenia 28.576,820 rs. 68 cénts. en metálico, y 1,041.438,605 rs. 48 cénts. en papel. Los depósitos hechos ascendian en dicha fecha á 245.166,183 reales en metálico, y 864.468,605 rs. 48 cénts. en efectos públicos.

—Ya se ha verificado la recepcion oficial del puente que acaba de construir la empresa del ferro-carril de Martorell á Barcelona sobre el rio Llobregat. Las pruebas han sido súmamente satisfactorias.

—Parece que pronto se verificará la inauguracion del ferro-carril de Barcelona á Zaragoza.

—En Rioseco, Paredes, Fuentes y Grijota, el trigo de 92 libras se vende de 45 á 46 rs. fanega: en Valladolid, de 42 á 43, y en Arévalo, de 40 á 46.

—Los productos del papel sellado y sellos de franqueo, correspondientes al año próximo pasado, ascendieron á 67.522,669 rs. En los meses transcurridos del corriente año se aproxima á 6 millones el aumento sobre igual periodo del anterior.

—Se ha verificado en Valencia la inauguracion de una escuela dominical para la instruccion y moralizacion de las criadas de servicio; se han matriculado muchas jóvenes en clase de alumnas.

—Dice el *Saldubense* que es objeto de todas las conversaciones en el pueblo de Monzalbarba, cerca de Zaragoza, la aparicion por aquellos campos de una culebra que aseguran ser de dimensiones disparatadas; el tal bicho debe de ser disforme, pues por donde pasa deja una huella muy semejante al surco que abriria un gran madero que se llevara arrastrando.

—Un contrabando hallado en Cádiz dias pasados en el mirriñaque, pecho y espalda de dos señoras, consistia, por mas que parezca imposible, y segun factura que publican los periódicos de Cádiz, en 24 libras de tabaco, 197 piezas de cinta de seda y guarniciones de terciopelo, 31 docenas de escarapelas de terciopelo con abalorios, 12 id. idem de escarapelas de seda caletas, 12 id. id. de caireles de seda con bellotitas, 2 camisolines con mangas, una manteleta de linó con guarnicion y 3 docenas de escarapelas con flecos: todo lo cual se tasó en 6,704 rs.

JUAN DEL CORREO.

REVISTA DE TEATROS.

El coliseo de la calle de Jovellanos nos ha dado en la anterior semana dos zarzuelas nuevas: la primera, titulada *La Herencia de un barbero*, tuvo el mismo éxito que la que con el titulo de *El Firmante*, y del mismo autor, segun se nos ha dicho, habiase estrenado anteriormente; es decir, que fué poco menos que silbada. Lástima que el empresario del teatro de la Zarzuela pierda un tiempo en extremo precioso, condescendiendo por un exceso de bondad, en que se pongan en escena producciones que, como *El Firmante* y *La Herencia*, hallan su justo merecido luego que son conocidas del público. La música de esta última, si bien muy superior en mérito al libreto, tampoco hizo mucho efecto.



BATALLA DE MAGENTA.—LOS ZUAVOS.—CARGA A LA BAYONETA.

Ejecutóse en dicha noche *El Estreno de una artista*, en el que se presentó á desempeñar el papel de Sofia la señorita doña Matilde Estéban, alumna del Conservatorio de música y declamación: aunque salió con bastante timidez, el público, siempre galante é indulgente, la alentó prodigándola muchos aplausos, y pidió que saliera á la escena despues de concluida la zarzuela.

La otra estrenada en este teatro lleva por título *Una guerra de familia*, y su éxito ha sido lisonjero para sus autores, que fueron llamados al prosencio á la conclusion de este lindo juguete.

El teatro del Circo ha continuado ofreciendo á sus constantes favorecedores la reproduccion de las joyas mas estimadas del teatro antiguo. Una de ellas ha sido la lindisima comedia del inmortal Lope de Vega, *Lo Cierto por lo dudoso*, ó la *Mujer firme*.—Por demás está decir que tanto el eminente actor D. Julian Romea, como la Matilde Díez, estuvieron admirables en sus respectivos papeles, distinguiéndose aquel en la escena final del primer acto, que fué aplaudida con un entusiasmo indecible, y la Matilde en el monólogo del acto tercero que le valió tambien atronadores aplausos.

A medida que la estacion adelanta, y que el calor se deja sentir del modo que por desgracia conocen los que como nosotros se ven obligados

á permanecer encerrados en este océano de fuego que se llama Madrid, se ve mas y mas concurrido el espacioso y magnífico local que Mr. Price ha hecho construir últimamente en la calle de Recoletos (paseo del mismo nombre), y que indudablemente será, en las ardorosas noches de verano, uno de los puntos de reunion de los elegantes de Madrid.

Tanto los hermanos Mariani, como el célebre artista americano, Frank Pastor, obtienen todas las noches una verdadera ovacion por la sorprendente agilidad y destreza con que ejecutan las suertes mas difíciles. Tambien es digna de honrosa mencion la Srta. Gaertner, por la soltura y maestria con que trabaja en un caballo en pelo, haciendo infinidad de evoluciones a cual mas difíciles y peligrosas.

NUMA.

## BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

*Manuel pratique de culture maraichère*, par COURTOIS-GERARD.—Paris, librairie de Lacroix et Baudry.

La historia de la horticultura en Paris y sus

progresos encabezan las primeras páginas de este curioso libro. La estadística hortícola, los huertos en que no se cultivan en terraplen, los gastos de instalacion, las inversiones anuales, los productos de los jardines y las costumbres de los hortelanos de Paris, preceden al trabajo que comprende el analisis de los terrenos. Mas adelante se examina el establecimiento de un jardín hortícola, sus posiciones al oeste, al sud, al este, al norte, los útiles, instrumentos y máquinas para su explotacion, las diversas operaciones de cultivo, el cultivo de la viña y de los árboles frutales; la alteracion de los cultivos por los insectos ú otras causas, etc. Las observaciones meteorológicas, las enfermedades de las plantas, el calendario del hortelano durante todo el año, desde agosto á julio, y un vocabulario hortícola: vé aquí las materias hábilmente tratadas en los últimos capitulos del manual de Mr. Courtois-Gerard. No hay duda que el cultivo difiere bastante en unos países de otros; pero aun así este libro puede ser útil y merecer ser leído por nuestros hortelanos y jardineros prácticos.

JANEN.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Baillière,  
—editor responsable y propietario.—

SUMARIO. *El Rey de las tinieblas*, por Gustave Aimard, pág. 433.—*El Angel malo*, por Juan de la Cruz Berrio, pág. 438.—*Historia de la guerra de la independencia italiana*, pág. 440.—*Sección religiosa*, pág. 444.—*Sección científica*, pág. 446.—*Crónica estranjera*, pág. 447.—*Crónica española*, pág. 447.—*Revista de teatros*, pág. 447.—*Biografía estranjera*, pág. 448.

**Advertencia importante.**—La Administracion de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la reparticion de los números en Madrid y su remision á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamacion que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la reparticion del número, y en Provincias á los ocho días de su publicacion, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número á cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

**Otra.**—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohibe su reproduccion en todo ó en parte.

CHAMBERI DE MADRID. 4839.—Imp. de C. Bailly-Baillière.